

DOCUMENTO DE MALINAS – 4

RENOVACIÓN Y PODER DE LAS TINIEBLAS¹

CARDENAL SUENENS

CONTENIDO

Prefacio. Cardenal Joseph Ratzinger
Presentación

PRIMERA PARTE: IGLESIA Y «PODER DE LAS TINIEBLAS»

- I. El demonio ¿mito o realidad?
- II. La Iglesia, eco e intérprete de la Palabra de Dios
- III. La Iglesia y la vida sacramental "liberadora"
- IV. La Iglesia ante "el misterio de la iniquidad"
- V. La Iglesia ante el pecado

SEGUNDA PARTE: RENOVACIÓN CARISMÁTICA Y «PODER DE LAS TINIEBLAS»

- VI. La renovación carismática como "experiencia del E.S."
- VII. La renovación y el sentido reavivado del Mal
- VIII. La renovación y demonología subyacente
- IX. Práctica de la "liberación" de demonios
- X. La renovación y la expulsión de demonios: observaciones teológicas
- XI. La renovación y la expulsión de demonios: observaciones psicológicas

TERCERA PARTE: LA RENOVACIÓN EN EL CORAZÓN DE LA IGLESIA

- XII. Las armonizaciones necesarias
- XIII. Perspectivas finales

Conclusión
Índice general

¹ Tradujeron: Rodolfo Puigdollers Noblom e Ignacio Puigdollers Llorens sobre el original francés *Renouveau et Puissances des Ténébres*.

PREFACIO

Aunque el período postconciliar parece que responde poco a la esperanza del Papa Juan XXIII que deseaba «un Nuevo Pentecostés», sin embargo su oración no ha quedado sin continuación.

En el corazón de un mundo impregnado de un escepticismo racionalista, ha brotado una nueva experiencia del Espíritu Santo. Esta experiencia ha tomado, desde entonces, la amplitud de un movimiento de renovación a escala mundial.

Lo que el Nuevo Testamento dice con respecto a los carismas que aparecieron como signos visibles de la venida del Espíritu no es ya solamente historia antigua, sino que se hace plena actualidad. Pero allí donde el Espíritu de Dios se hace más cercano, se ve también aparecer, por contraste, una conciencia más aguda con respecto a lo que se le opone. Chesterton lo señalaba ya en una frase conocida: «Un santo es uno que sabe que es pecador».

Mientras una teología racionalista y reduccionista lleva al demonio y al mundo de los malos espíritus a no ser más que una etiqueta que recubre todo lo que amenaza al hombre en su subjetividad, se ve surgir, en el contexto de la Renovación, una nueva toma de conciencia concreta del Poder del Mal y de sus engaños que amenazan al hombre.

Esta toma de conciencia ha suscitado una «oración de liberación del demonio» que se ha desarrollado hasta el punto de parecer un rito de exorcismo y convertirse hoy en parte integrante de la vida de ciertos grupos carismáticos.

Salta a los ojos que esta práctica se presta a peligros considerables, pero que no se la aparta con una ironía fácil, en detrimento de los «carismáticos», ni por una crítica superficial de tipo más o menos racionalista.

Sólo un verdadero código de circulación, elaborado desde dentro y enraizado en el espacio mismo de los dones del Espíritu puede responder a las necesidades de discernimiento en la materia. Y entre estos dones, está el don de sabiduría y de equilibrio, inspirado él mismo por el Espíritu y que responde a la invitación de San Pablo: «No apaguéis el Espíritu..., examinadlo todo, conservad lo que es bueno» (1 Ts 5, 20).

El cardenal Suenens, en el libro que presentamos, ha asumido la labor -y se lo agradecemos- de obrar este discernimiento de espíritus y de indicar una conducta inspirada por el Espíritu. Este trabajo es igualmente importante para los movimientos de Renovación como para la Iglesia entera.

Pone en primer lugar la pregunta base, decisiva para la evolución fructuosa de la Renovación: ¿Cuál es la relación entre la experiencia personal y la fe común de la Iglesia? Los dos factores son importantes: una fe dogmática sin experiencia personal queda vacía, una simple experiencia sin lazos con la fe de la Iglesia queda ciega.

El aislamiento de la experiencia constituye una grave amenaza para el verdadero cristianismo, y esto aun fuera de los movimientos de Renovación. Aun cuando este aislamiento tenga un punto de partida «pneumático», es un tributo pagado al empirismo que domina nuestro tiempo.

Tal aislamiento de la experiencia está estrechamente ligado al fundamentalismo que separa la Biblia del conjunto de la historia de salvación y que la reduce a una experiencia del yo sin mediación alguna; lo que no responde ni a la realidad histórica, ni a la amplitud del misterio de Dios. Aquí también, la verdadera respuesta se encuentra en la comprensión de la Biblia en unión con toda la Iglesia, y no simplemente en una lectura historizante aislada.

Lo que muestra, una vez más, que carisma e institución se implican y que no es el «nosotros» del grupo lo que cuenta, sino el gran «nosotros» de la Iglesia de todos los tiempos. Sólo él puede dar el cuadro adecuado, necesario para «conservar» lo que es «bueno», como «discernir los espíritus».

Es partiendo de estas categorías básicas de la vida espiritual que el cardenal Suenens lleva a su verdadera dimensión el problema de los demonios y sitúa la oración de liberación.

El misterio de iniquidad se inserta así en la perspectiva cristiana fundamental, es decir, en la perspectiva de la Resurrección de Jesucristo y de su victoria sobre el Poder del Mal. En esta óptica, la libertad del cristiano y su tranquila confianza «que rechaza el miedo» (1 Jn 4, 18) toma toda su dimensión: la verdad excluye el miedo y así permite reconocer el poder del Maligno.

La ambigüedad es lo propio del fenómeno demoníaco: por consiguiente el centro del combate del cristiano contra el demonio será vivir día tras día a la luz de la fe.

No podemos sino recomendar de una forma insistente la lectura y el estudio atento de este libro para deducir, a partir de las perspectivas fundamentales abiertas, las directrices prácticas que se siguen para el uso de los grupos de Renovación y en particular para la práctica de la oración de liberación.

Se prestará atención también a la doble llamada del cardenal que merece la mayor consideración: por una parte, la llamada que dirige a los responsables del ministerio eclesial -desde los sacerdotes de parroquia hasta los obispos- para que no pasen de largo ante la Renovación, sino que la acojan plenamente; por otra parte, la llamada a los miembros de la Renovación para que busquen y conserven la unión con la Iglesia entera y con los carismas de los pastores.

Como Prefecto de la Congregación para la Doctrina y la Fe, no puedo sino saludar cordialmente la obra del cardenal Suenens: es una importante contribución al verdadero desarrollo de la vida espiritual en la Iglesia de hoy.

Espero que el libro será tomado en consideración, tanto dentro como fuera de la Renovación, y que será aceptado como hilo conductor en los problemas que ha tratado en estas páginas.

Roma, fiesta de Santiago 1982

Cardenal Joseph Ratzinger

PRESENTACIÓN

Este «Documento de Malinas - 4» trata de un tema especialmente delicado. Querría dar respuesta a esta pregunta: ¿cuál debe ser, teórica y prácticamente, la actitud cristiana frente a la realidad y a las influencias del Espíritu del Mal en el mundo? Problema difícil, por cuanto se trata, por definición, de un terreno tenebroso al que debemos acercarnos exentos de cualquier simplismo, ya sea de tipo fundamentalista o racionalista.

No es mi intención explorarlo en todas direcciones, sino limitarme a exponer cuál es, sobre este particular, el pensamiento y la práctica pastoral de la Iglesia y confrontarlos con determinados comportamientos en materia de liberación y de exorcismos, que podemos observar en grupos o comunidades de la Renovación carismática.

Pablo VI invitó muy explícitamente a estudiar de nuevo lo que hace referencia a la acción del Maligno, tan ajeno a nuestra mentalidad contemporánea. Nuestro trabajo se inscribe en esta perspectiva.

En lógica rigurosa hubiera sido preciso estudiar ante todo el «carisma de curación» - reactualizado por y en la Renovación-, con el que guarda alguna relación la práctica de la liberación y del exorcismo, sin identificarse no obstante con Él. Pero el tema hubiera resultado demasiado extenso y la urgencia de las necesarias clarificaciones ha impuesto la elección y la prioridad.

Querríamos ayudar a trazar un camino seguro entre este doble peligro:

- subestimar la presencia del Espíritu del Mal en el mundo; y
- combatirlo sin el discernimiento y las garantías eclesiales indispensables.

Quiérase o no, la Iglesia se halla enfrentada con un problema pastoral grave que afecta a la misma entraña de su misión en el mundo. No puede dejarlo de lado, a pesar de la complejidad y de la delicadeza del tema: se trata de su fidelidad al Evangelio y de su deber de hacer frente a la influencia del Mal en el mundo contemporáneo.

Ya de entrada, al escribir la palabra «Mal» con mayúscula, me encuentro obligado a hacer una opción. ¿Debo escribir la palabra con minúscula y designar con ella, globalmente, las influencias nocivas y destructoras que hoy día se ciernen sobre el hombre y la sociedad? ¿O se trata, además, de reconocer, por encima de estas fuerzas malignas y oscuras intrahumanas, un Poder del Mal, dotado de inteligencia y de voluntad, actuando en el mundo?

No podemos eludir la pregunta ni el dilema: o afirmamos la existencia del Demonio, con riesgo de parecer estar en desacuerdo con la mentalidad crítica moderna, o bien la rechazamos, con riesgo entonces de encontrarnos en desacuerdo con el Evangelio y la Tradición de la Iglesia.

En las páginas que siguen, querría ayudar a abrir un camino entre Escila y Caribdis, sin escamotear los datos del problema. No puedo menos de afirmar sin reservas la

existencia del Espíritu del Mal, pero al mismo tiempo debo prevenir contra la tentación de aventurarse temerariamente por un camino poblado de asechanzas.

La seguridad en las carreteras se consigue mediante el empleo de señales verdes y rojas, alternando con otras intermitentes de color naranja. En el caso que nos ocupa, sería nuestra intención ofrecer un servicio similar.

Este «Documento de Malinas - 4» trata de un problema que nos preocupa a todos, por encima de las fronteras de la Renovación carismática y pretende dejar bien establecido el pensamiento auténtico del magisterio, a la vez que señalar algunas desviaciones. Con el fin de facilitar el estudio de estas páginas, se ha dividido el texto en números, para su discusión y análisis en grupos, en el transcurso de sesiones o de seminarios.

Cada capítulo termina con una oración, tomada de la liturgia de la Iglesia. Se trata de una invitación a leer estas páginas y también a rezarlas, en profunda comunión con la fe de la Iglesia que da a nuestra propia fe su plena dimensión, su fuerza y su seguridad. La Iglesia orante es ya por sí misma Iglesia docente.

Estas páginas se han escrito en la oración y en el sufrimiento, sabiendo que, de una parte, parecerán anticuadas a los que consideran al Demonio como un mito, y, de otra parte, poco o nada apoyadas en la experiencia pastoral a ojos de los que practican en gran escala la liberación, y que, por añadidura, temen que las llamadas de alerta podrían desacreditar a la Renovación. Por mi parte creo, por el contrario, que poner las cosas en su lugar sólo puede contribuir a asegurar mejor la credibilidad de la Renovación y sus inmensas virtualidades espirituales.

Por lo que se refiere a la experiencia, diré sencillamente que no puedo dudar de la influencia diabólica en acción en algunos casos concretos, y que he sido testigo o instrumento de exorcismos liberadores. Doy las gracias, por otra parte, a los dirigentes de la Renovación -sacerdotes y laicos- que me han permitido hacerme cargo sobre el terreno, en diversos países del mundo, de la manera como se practicaba la «liberación».

Querría que este trabajo pudiera ayudar a despejar obstáculos y a allanar los caminos del Señor. Más que nunca, el Espíritu Santo nos debe iluminar a todos: únicamente él nos puede introducir en la comprensión del misterio de la Redención y en la plenitud de la Verdad. Y ésta última es ya, por sí misma, liberación, según las palabras del Señor: «La verdad os hará libres» (Jn 8, 32).

¡Que María nos obtenga del Señor la gracia de penetrar, con humildad y disponibilidad, en el discernimiento y en la sabiduría maternal de la Iglesia! Que ella nos ayude a cada uno de nosotros a abrirnos plenamente al Espíritu Santo y a enfrentarnos, con valor y discernimiento, a todo lo que entorpece y se opone al reino de Dios en este mundo que es el nuestro y que, según la expresión de Pablo VI, es a la vez «magnífico y dolorosamente trágico».

† Cardenal L. J. Suenens

PRIMERA PARTE

Iglesia y “poder de las tinieblas”

CAPÍTULO I

EL DEMONIO, ¿MITO O REALIDAD?

1. LA FE DE LA IGLESIA

1 Es forzoso reconocer que entre los cristianos existe hoy día una cierta desazón a propósito de la existencia del o de demonios. ¿Mito o realidad? ¿Satanás debe ser relegado al reino de los fantasmas? ¿Se trata simplemente de la personificación simbólica del Mal, de un mal recuerdo de una época precientífica ya superada?

Un gran número de cristianos se deciden por el mito; los que aceptan la realidad se sienten cohibidos e incómodos para hablar del Demonio, por temor a parecer que se solidarizan con las representaciones de que le ha hecho objeto la fantasía popular, y que desconocen los progresos de la ciencia.

La catequesis, la predicación, la enseñanza teológica en las universidades y en los seminarios evitan generalmente el tema. E incluso en los lugares donde se discute la existencia del Demonio, apenas es objeto de examen su acción y su influencia en el mundo. El Demonio ha conseguido hacerse pasar por un anacronismo: es el colmo del éxito solapado.

En estas condiciones, hace falta valor al cristiano de hoy para desafiar la ironía fácil y la sonrisa conmisericordiosa de sus contemporáneos.

Y ello tanto más cuanto que reconocer la existencia del Demonio no se aviene demasiado con lo que Leo Moulin llama «el optimismo pelagiano de nuestra época».

Más que nunca el cristiano está invitado a tener confianza en la Iglesia, a dejarse conducir por ella, a hacer suya una vez más la humilde oración que ella pone en nuestros labios en el transcurso de cada Eucaristía:

«Señor, no mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia».

Nuestra fe personal, pobre y vacilante, se fortifica y se alimenta de la fe eclesial que la conduce, la sostiene, y le da empuje y seguridad. Ello es especialmente verdadero en este terreno.

2 Con este espíritu filial debemos oír la voz del Papa Pablo VI, que nos invita a dominar la desazón, a romper el silencio y a reconocer que todavía hoy la presencia del Maligno no es, ¡por desgracia! , un anacronismo. He aquí el pasaje clave de su declaración:

Un ser vivo, espiritual, pervertido

«...El mal no es solamente una deficiencia, sino una eficiencia, un ser vivo, espiritual, pervertido y pervertidor. Terrible realidad. Misteriosa y pavorosa. Se sale del cuadro de la enseñanza bíblica y eclesial quien se niega a reconocer su existencia; o bien la explica como una pseudo-realidad, una personificación conceptual y fantástica de las causas desconocidas de nuestras desgracias...

...Es el homicida desde el principio... y padre de toda mentira como lo define Cristo (cf. Jn 8, 44-45); es el insidiador sofístico del equilibrio moral del hombre...

...No se ha dicho que todo pecado se deba directamente a la acción diabólica; pero es, sin embargo, cierto que quien no vigila con cierto rigor moral sobre sí mismo (cf. Mt 12, 45; Ef 6, 11) se expone a la influencia del 'mysterium iniquitatis', a que se refiere San Pablo (2 Ts 2, 3-12), y hace problemática la alternativa de su salvación». (1)

3 Sobre el mismo tema, veamos a continuación las conclusiones de un autorizado estudio publicado por L'Osservatore Romano bajo el título «Fe cristiana y demonología», y recomendado por la Congregación para la Doctrina de la Fe como base segura para reafirmar la doctrina del Magisterio sobre esta materia. El autor empieza diciendo por qué la existencia de Satanás y de los demonios no ha sido nunca objeto de una declaración dogmática.

Fe constante y vivida

«En lo que concierne a la demonología, la posición de la Iglesia es clara y firme. Es cierto que en el transcurso de los siglos, la existencia de Satanás y de los demonios no ha sido nunca objeto de una afirmación explícita de su magisterio. La causa de ello es que la cuestión nunca se planteó en estos términos: tanto los herejes como los fieles, igualmente apoyados en la Escritura, estaban de acuerdo en reconocer su existencia y sus principales fechorías. Por este motivo, cuando hoy se pone en duda su realidad, debemos recurrir, como antes hemos recordado, a la fe constante y universal de la Iglesia, así como a su principal fuente, que es la enseñanza de Cristo. Y, efectivamente, en la enseñanza evangélica y en el corazón de la fe viva es donde se revela como un dato dogmático la existencia del mundo demoníaco». (2)

A continuación nos muestra el autor -con una cita de Pablo VI en su apoyo- que no se trata de una afirmación secundaria de la que se puede fácilmente prescindir, como si no tuviese relación con lo que está en juego en el misterio de la redención.

«La desazón contemporánea que hemos denunciado al principio no pone, por tanto, en duda un elemento secundario del pensamiento cristiano: se trata de una fe constante de la Iglesia, de su concepción de la Redención y, en su punto de partida, de la conciencia misma de Jesús. Por este motivo, hablando recientemente de esta 'realidad terrible, misteriosa y temible' del Mal, el Papa Pablo VI podía afirmar con autoridad: "Se sale del cuadro de la enseñanza bíblica y eclesial quien se niega a reconocer su existencia; o bien quien hace de ella un principio que existe por sí y que

no tiene como cualquier otra criatura, su origen en Dios". Ni los exégetas ni los teólogos deberían dejar de tener en cuenta esta advertencia». (3)

Afirmar la existencia del demonio no es caer en el maniqueísmo, ni disminuir por eso la responsabilidad y la libertad humana.

Responsabilidad y libertad del hombre

4 «Al subrayar actualmente la existencia demonológica, la Iglesia no se propone ni hacernos volver a las especulaciones dualistas y maniqueas de otros tiempos, ni presentarnos un sucedáneo racionalmente aceptable. Ella solamente quiere permanecer fiel al Evangelio y a sus exigencias. Es indudable que ella jamás ha permitido al hombre eludir su responsabilidad, mediante atribuir sus faltas a los demonios. Ante tal escapatoria, si llegaba el caso, la Iglesia no vacilaba en pronunciarse diciendo con San Juan Crisóstomo: "No es el diablo, sino la incuria propia de los hombres la causante de todas sus caídas y de todas las desgracias de que se lamentan".

En este sentido, la enseñanza cristiana, por su vigor en asegurar la libertad y la grandeza del hombre, en poner a plena luz el poder y la bondad del Creador, no muestra la menor debilidad. Ha denunciado en el pasado y condenará siempre el recurso demasiado fácil a dar como pretexto una tentación demoníaca. Ha proscrito la superstición igual que la magia. Ha rechazado cualquier capitulación doctrinal ante el fatalismo, toda renuncia de la libertad ante el esfuerzo». (4)

El espíritu crítico y la prudencia son necesarios más que en otros puntos en un terreno en que el discernimiento es difícil y requiere él mismo garantías.

Exigencia crítica

«Además, desde el momento en que se habla de una intervención diabólica posible, la Iglesia deja siempre lugar, como por el milagro, a la exigencia crítica. Se requiere efectivamente reserva y prudencia. Es fácil engañarse con la imaginación, dejarse confundir con relatos inexactos, torpemente transmitidos o abusivamente interpretados. Aquí, como en otros campos, se debe utilizar el discernimiento. Hay que dejar campo abierto a la investigación y a sus resultados». (5)

2. EL DEMONIO, ¿ANTAGONISTA DE DIOS?

5 La alusión, en la cita, a las especulaciones dualistas y maniqueas, es una puesta en guardia contra cualquier teoría que hiciera del Demonio una especie de Contra-Poder, de Antagonista directamente opuesto a Dios, en suma, como dos rivales en una misma línea de combate.

Se debe evitar, en efecto, imaginar a Satanás como una especie de anti-Dios, como si se tratara de dos absolutos enfrentados, como el Principio del Bien frente al Principio del Mal. Dios es el único Absoluto trascendente y soberano: el Demonio, criatura de Dios, originariamente buena en su realidad ontológica, desempeña en la creación un papel de parásito destructor, negativo y subalterno. Es el Padre de la mentira, de la perversión. Es una fuerza consciente que conoce, quiere, persigue un designio destructor y se coloca y obra así en el anti-reino, es decir, en la oposición al Reino mesiánico.

No debemos tener a Satanás como al Adversario que planta cara a Dios, le provoca y le mantiene en jaque.

Desde que Satanás, principio del mal, aparece en la Biblia bajo la figura de la «serpiente», se hace hincapié en que se trata de una criatura de Dios (Gn 3, 1). Pero ante todo es el enemigo del hombre (Sb 2, 24), el enemigo del designio de Dios sobre el hombre. En los Ejercicios Espirituales, San Ignacio le llama «el enemigo de la natura humana».

Justamente así es cómo le muestran los primeros capítulos del libro de Job. Satanás para llevar a cabo su malvado designio contra el hombre se adelanta entre «los Hijos de Dios que venían a presentarse ante el Señor» (Jn 1, 6; 2, 1).

El Antiguo Testamento se muestra prudente sobre el papel de Satanás, tal vez para evitar que Israel haga de él un segundo Dios. Más importancia cobrará en el judaísmo contemporáneo de Cristo, cuando para el judaísmo ya no existía el peligro, a causa de estar plenamente establecida la absoluta trascendencia de Dios.

Bajo el nombre de Satanás (el Adversario), o de Diablo (el Calumniador), la Biblia lo presenta como un ser personal, invisible por sí mismo, incorporeal, dotado de conocimiento y de libertad.

En cuanto a los demonios, en el mundo pagano griego se los identifica con los espíritus de los muertos o con divinidades paganas. En la Biblia, por el contrario, designan diversos «espíritus del mal» que el Nuevo Testamento denomina «espíritus impuros».

3. JESÚS Y EL DEMONIO

6 No podemos leer el Evangelio sin sentirnos sorprendidos por la presencia del Maligno en su oposición a Jesús. El enfrentamiento es constante aunque no aparezca siempre en primer plano. Se le percibe claramente en el umbral de la vida pública del Salvador. El relato de la tentación de Jesús en el desierto es como el prefacio de la misión que el Salvador se disponía a cumplir y como la clave del drama que iba a desarrollarse en el Calvario.

Esta confrontación inevitable no es un simple episodio entre otros, sino una anticipación del drama final, como si se corriera el velo entreabriéndonos ya el misterio del Viernes Santo. Por su parte, San Lucas termina el relato de la tentación en

el desierto con estas palabras: «Acabada toda tentación, el diablo se alejó de él hasta un tiempo oportuno» (Lc 4, 13). Con ello se alude indudablemente a la confrontación final, que terminará en la hora de la pasión.

La referencia a «las tinieblas» se repite en el Evangelio como para hacernos palpar - entre líneas la hostilidad solapada del Enemigo.

Cuando Judas sale del Cenáculo, después que «entró en él Satanás» (Jn 13, 27), San Juan hace constar que «era de noche» (Jn 13, 30). El detalle no se consigna por puro prurito de precisión histórica.

La presencia hostil del Enemigo se adivina en filigrana, a cada paso, y cuando Jesús expira en la Cruz, el escritor inspirado hace constar, no por prurito de detalle sino a causa de su densidad teológica, que las tinieblas cubrían el cielo de Jerusalén.

Por lo demás, la lucha de Cristo contra el Tentador la encontramos varias veces a lo largo de su existencia. Jesús luchará contra aquellos de los que se vale el Demonio como instrumentos para hacerle desviar del camino del Padre: los judíos de su tiempo, y en algunas ocasiones, los mismos apóstoles, Pedro (Mt 16, 23), Santiago y Juan (Lc 9, 54-55).

Se trata de una constante en su vida: no tenemos el derecho de ponerla entre paréntesis y de pasarla en silencio.

PARA REFLEXIÓN E INTERCAMBIO

1. Reconocer la existencia del mal (con minúscula) es una cosa; reconocer la existencia del Mal (con mayúscula) es otra. Analizar a este respecto las palabras del Papa Pablo VI (n. 2).

2. Sacar los puntos esenciales del Documento publicado por L'Osservatore Romano: ¿Por qué la existencia de Satanás no ha sido nunca objeto de una afirmación explícita del Magisterio? (n. 3).

3. ¿Cuáles son las exageraciones que hay que evitar sobre la naturaleza y la función del Demonio? (nn. 4 y 5).

4. Señalar en el Evangelio la presencia del Maligno en su oposición a Jesús (n. 6).

Pidamos con la fe de la Iglesia entrar en toda la dimensión del misterio de la Redención:

"Oh Dios, que, para librarnos del poder del enemigo, quisiste que tu Hijo muriera en la cruz; concédenos alcanzar la gracia de la resurrección".

Oración del Miércoles de la Semana Santa

CAPÍTULO II

LA IGLESIA, ECO E INTÉRPRETE DE LA PALABRA DE DIOS

1. LA IGLESIA EN REFERENCIA VITAL A LA PALABRA

7 El Vaticano II, en la Constitución sobre la Revelación, ha marcado esta referencia vital en términos de rara densidad.

«El oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios escrita o transmitida ha sido confiado únicamente al Magisterio vivo de la Iglesia, cuya autoridad se ejerce en el nombre de Jesucristo. Este Magisterio, evidentemente, no está sobre la palabra de Dios, sino que la sirve, enseñando solamente lo que le ha sido confiado, por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, la oye con piedad, la guarda con exactitud y la expone con fidelidad, y de este único depósito de la fe saca la que propone como verdad revelada por Dios que se ha de creer» (DV, n. 10).

La Palabra de Dios llega a nosotros de una forma única a través de la Escritura inspirada, pero nos llega también, a otro nivel, a través de la enseñanza auténtica del magisterio vivo que bebe constantemente de la Palabra como de una fuente perenne.

Y esta enseñanza misma se encarna y se expresa en imágenes en el mensaje de vida que los santos nos ofrecen y que son como un catecismo ilustrado, como una vidriera de catedral en la que nuestros antepasados leían la Biblia.

San Juan nos dice de Jesús que «su vida era luz» (Jn 1, 4). Debemos captar las irradiaciones de su Faz en el rostro de quienes llevan fielmente el reflejo. Nos hablan a través de sus escritos y de su vida, palabras de vida fragmentarias, sin duda, pero ecos de la Palabra única que hemos de captar en las diferentes longitudes de onda en que se dirige a nosotros.

2. LEER LA BIBLIA EN IGLESIA

8 En el terreno de la «liberación», del que estamos hablando, más que en otros terrenos, se nota la necesidad del Magisterio vivo de la Iglesia para guiar a los fieles en la lectura e interpretación de la Palabra de Dios, y prevenir interpretaciones arbitrarias y desviaciones. No es fácil distinguir en la Escritura los elementos simplemente culturales e históricos del Mensaje de Dios a la humanidad. ¿Cómo leer la Palabra de Dios en las múltiples palabras de los escritores bíblicos? El problema es complejo.

Uno no puede apoyarse en los textos bíblicos sin un examen serio del género literario propio de los pasajes citados. Como lo decía ya la encíclica Divino afflante Spiritu de Pío XII:

«El exégeta debe esforzarse, con el máximo cuidado, sin olvidar nada de las luces aportadas por las investigaciones recientes, en discernir cuál fue el carácter particular del escritor sagrado y sus condiciones de vida, la época en que vivió, las fuentes escritas u orales que empleó, en una palabra, su forma de escribir. Así podrá conocer bien quién ha sido el hagiógrafo y lo que ha querido expresar al escribir...

Pues en las parábolas y escritos de los autores antiguos orientales, muy a menudo el sentido literal no aparece con tanta evidencia como en los escritores de nuestro tiempo; y lo que han querido significar con sus palabras no puede determinarse por las solas leyes de la gramática o de la filología, ni por el solo contexto».

Nunca se insistirá suficientemente sobre la necesidad de una lectura «eclesial» de la Biblia, leída a la luz de la interpretación del Magisterio vivo de la Iglesia.

No conozco mejor exposición sobre este tema que el libro del Padre Georges H. Tavard, especialista en ecumenismo y, por lo tanto, muy sensible en este punto.

«La Escritura, escribe muy acertadamente, no puede ser Palabra de Dios si se la separa y se la aísla de la Iglesia, que es la esposa y el cuerpo de Cristo.

Y la Iglesia no podría ser la esposa del Señor si no hubiera recibido como don la inteligencia de la Palabra. Estas dos fases de la visita de Dios entre los hombres, son dos aspectos de un mismo misterio.

En último análisis, son uno en la dualidad. La Iglesia implica la Escritura, como la Escritura implica la Iglesia». (6)

3. LAS EXPRESIONES DE LA FE ECLESIAL

9 La Iglesia, intérprete de la Palabra de Dios, expresa su fe de diversas formas.

Por su vida litúrgica y sacramental, que implica una inteligencia de la Palabra de Dios. Es conocido el dicho: *Lex orandi, lex credendi*, la fe de la Iglesia se revela en la oración de la Iglesia.

Por su Magisterio vivo ordinario, es decir, por la enseñanza común de la colegialidad de los obispos en unión con el Papa.

Por alguna declaración de su Magisterio extraordinario, por ejemplo, en Concilio, con motivo de una precisión motivada por algún peligro de herejía o de desviación.

Por una declaración «*ex cathedra*» del Papa, que expresa entonces y autentifica la fe de la Iglesia.

La Palabra inspirada llega a nosotros, sostenida y llevada por la Tradición viva de los doctores y de los santos, iluminada y autentificada por el Magisterio. Este es el contexto vital en el que está inmersa para nosotros la vida cristiana y la fe plena.

4. LA COMPLEMENTARIEDAD DE TEXTOS EN LA BIBLIA

10 Hay que acordarse de ella especialmente cuando uno lee cierta literatura que acumula los textos de la Escritura en función de las opciones del autor, sin citar jamás otros textos que equilibran la visión de conjunto. Jesús promete a los suyos una paz indecible y al mismo tiempo declara que no ha venido a traer la paz sino la espada. Recuerda el deber de honrar al padre y en otro lugar declara que hay que odiar al padre para seguirle a él y dejar a los muertos enterrar a los muertos. Estas son las paradojas, los contrastes, las complementariedades del Evangelio. Un diamante tiene múltiples caras que el sol ilumina una tras otra. «Me gustan, dice un personaje de Claudel, las cosas que existen juntas». Todo unilateralismo es peligroso.

5. ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO

11 Hay que recordar que la Escritura misma se lee bajo luces diferentes. El Antiguo Testamento, aun siendo preparación y profecía del Nuevo Testamento, debe leerse a la luz de éste; el Evangelio mismo, desde el principio, se ha de leer a la luz de Pascua que pasa en filigrana a través de todas las páginas.

Estas claves de lectura han de ser particularmente respetadas en el terreno tenebroso que nos concierne so pena de olvidar que el Evangelio es Buena Nueva.

Es, pues, a través de múltiples vías convergentes que hemos de preguntarnos aquí sobre el pensamiento auténtico de la Iglesia con respecto a la presencia del Mal Espíritu y del Poder de las tinieblas en el mundo.

Como hilo conductor en la lectura de los textos, me parece útil también llamar la atención sobre la diferencia de épocas en que se sitúa un texto de la Escritura.

Lo hemos dicho ya, la óptica del judaísmo antiguo no es la óptica del judaísmo contemporáneo de Cristo: hay que acordarse de ello en la interpretación de los textos. Igualmente, y a fortiori, la economía de la redención no es la misma después de la Victoria pascual del Señor. Por su muerte y su Resurrección hemos sido introducidos en un mundo nuevo, hechos participantes del Poder del Espíritu que actúa en nosotros por la gracia bautismal. Y sólo el Espíritu puede penetrar en nosotros con profundidad, para cristianizarnos y permitirnos decir con San Pablo: «No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Ga 2, 20). El mismo San Pablo se reconocerá pecador y dirá que la causa es «el pecado que habita en mí» (Rm 7, 17), pero nunca dirá que el diablo habita en él. Para San Pablo, el pecado es esencialmente el rechazo del hombre a dejar actuar en él al Espíritu de Dios. La fórmula es muy clara en 1 Ts 4, 8: «Así, pues, el que esto desprecia, no desprecia a un hombre, sino a Dios, que os hace don de su Espíritu Santo».

Lo que ocupa el primer lugar para la Iglesia es la liberación del pecado, más que del diablo. Esto es lo que la Iglesia ha tenido siempre cuidado en afirmar.

6. LA IGLESIA, INTÉRPRETE DEL TEXTO DE SAN MARCOS: «EXPULSARÁN DEMONIOS».

12 Es la Iglesia también quien debe guiar en la lectura de los textos precisos y específicos, relativos a la promesa de Jesús a sus futuros discípulos con respecto al poder del Mal. Detengámonos en el final de San Marcos que, por ser un añadido al texto primitivo, no por ello es menos reconocido por la Iglesia como canónico e inspirado, y que representa un testimonio apostólico. ¿Cómo leer y entender estas palabras del Maestro que se encuentran de forma semejante en otros lugares:

«Éstas son las señales que acompañarán a los que crean: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán en lenguas nuevas, agarrarán serpientes en sus manos y aunque beban veneno no les hará daño; impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán bien» (Mc 16, 17-18).

¿Quién dirá, en último análisis, sino el magisterio vivo de la Iglesia, lo que hay que tomar literalmente de estas palabras y lo que es una hipérbole e imagen que invita a la confianza en el Señor?

Sin hacer aquí la exégesis de este texto, indiquemos, a título de ejemplo, algunas consideraciones que se nos ocurren.

«Expulsaréis demonios», ha prometido Nuestro Señor a sus futuros discípulos. Sí, sin duda, pero hay muchas formas de triunfar del Maligno.

- Jesús no adoptó él mismo una forma estereotipada, uniforme. No dijo que hay que interpelar a los demonios, como lo hizo él mismo a veces -no siempre-, ni pedirles sus nombres, ni intentar determinar su «especialidad», y menos aún, confeccionar el inventario.

- Durante su ministerio público, reaccionó de múltiples formas cuando se encontró frente al Espíritu del Mal. Manifestó una libertad soberana al escoger los medios: a veces le vuelve la espalda y se dirige al enfermo; a veces le confunde, denuncia la impostura u ordena la liberación,

Jesús no dijo que este combate debía ser un duelo singular. No dio a sus discípulos la fórmula infalible para el discernimiento de espíritus, ni el método a seguir. Sino que suscitó el ministerio apostólico para guiarlos en el camino, esperando su vuelta gloriosa.

- Jesús no dijo que el afrontar directamente al demonio -el ataque directo por orden expresa o por adjuración- formaba parte integrante de nuestra vida cristiana y que convenía por lo tanto enseñar a todos «la liberación» concebida así. O hacer de ella un ejercicio de piedad de uso cotidiano. De igual modo que no ha recomendado animar a los cristianos a tomar «serpientes en sus manos», ni a beber «algún veneno mortal».

Se puede también resaltar útilmente que ningún demonio de lujuria fue expulsado de la mujer adúltera (Jn 8) o de la pecadora de que habla San Lucas (cap. 7), o de los

incestuosos de Corinto (1 Co 5). Ningún demonio de avaricia fue expulsado de Zaqueo, ningún demonio de incredulidad fue expulsado de Pedro después de su triple negación. Ningún demonio de rivalidad fue expulsado de los corintios que Pablo tuvo que llamar al orden.

El Señor no dijo que el Demonio esté al origen de todo pecado de los hombres y que todas las faltas sean cometidas por instigación suya. Explicó una parábola que no va de ningún modo en este sentido. La parábola del sembrador, aparte del caso en que la simiente es arrebatada por el diablo, menciona otros en que la simiente muere porque ha caído en tierra sin profundidad -símbolo de la ligereza y de la inconstancia de los hombres; o también porque las espinas -figura de las preocupaciones que apartan de Dios- la ahogan (Mt 13, 19 ss.; Mc 4, 15; Lc 8,12 ss.).

Se combate al Demonio preventiva y positivamente con todo lo que alimenta y fortifica la vida cristiana y, por lo tanto, en primer lugar, con el recurso a los Sacramentos.

Y entre éstos, la Eucaristía que es su centro de convergencia, es para nosotros, por excelencia, fuente de curación y de liberación.

De igual modo que el sol, por medio de su ser de fuego y de luz, disipa y expulsa la noche, Cristo Jesús despliega en el misterio eucarístico -si sabemos (n. 12). acogerlo- todo su poder de vida y de victoria sobre el Mal.

En una palabra, para comprender un texto, hay que ponerlo en su contexto pleno y vital; y es al Magisterio vivo de la Iglesia que corresponde el discernimiento final, la interpretación fiel en su Espíritu y en su letra.

PARA REFLEXIÓN E INTERCAMBIO

1. Muchas veces se oye decir: "Sí a Jesús, no a la Iglesia". ¿Por qué la unión "Jesús-Iglesia" es indisoluble? (n. 7).
2. ¿Por qué y cómo leer la Escritura "en Iglesia" y no según su interpretación privada y olvidando la complementariedad de los textos? (nn. 8, 10 y 11).
3. ¿Dónde se encuentran las diversas expresiones de la fe de la Iglesia? (n. 9).
4. Analizar el comentario hecho de la palabra de Jesús "expulsarán demonios". ¿Qué significa combatir al Demonio preventiva y positivamente? (n.12).

Pidamos por la oración de la Iglesia la gracia de no perdernos en solitario, en la interpretación de la Palabra de Dios:

"Señor, vela con amor continuo sobre tu Iglesia; y pues sin tu ayuda no puede sostenerse lo que se cimienta en la debilidad humana, protege a tu Iglesia en el peligro y mantenla en el camino de la salvación".

Oración del Martes de la 2.ª Semana de Cuaresma.

CAPÍTULO III

LA IGLESIA Y LA VIDA SACRAMENTAL «LIBERADORA»

A. EN GENERAL

1. PRESENCIA CONTINUADA DE JESUCRISTO

13 Si Cristo continúa actuando de una forma misteriosa por virtud de su Palabra siempre viva y actual, viene a nosotros también y actúa con poder por vía de los sacramentos.

Cada sacramento es una Palabra de Cristo, llevada a su grado supremo de eficacia en un gesto de la Iglesia. Esta presencia de Jesucristo es el corazón mismo del «misterio de la Iglesia». Es en este punto preciso de nuestra fe que los caminos se bifurcan: o se mira a la Iglesia con los ojos del sociólogo o del historiador, y se la coloca entre «las instituciones» de tipo puramente humano, o se la mira con los ojos de la fe, más allá de sus aspectos humanos, siempre deficientes, para ver en ella a Cristo obrando a través del ministerio de los hombres.

El Vaticano II ha consagrado el primer capítulo fundamental de la «Lumen Gentium», la constitución sobre la Iglesia, a destacar «la Iglesia como misterio de Dios». Este capítulo inicial que lo condiciona todo ha quedado casi desconocido a los cristianos, faltos de enseñanza por nuestra parte. Si se quiere «cristianizar» a los cristianos, hay que hacerles descubrir la presencia operante de Jesús en la Iglesia y la «virtud» sacramental que brota de él.

Como Jesús es el Sacramento del Padre -el que nos hace penetrar en su intimidad y le revela-, la Iglesia, a su nivel y de una manera análoga, ha podido ser llamada por el Concilio Vaticano II, «sacramento universal de salvación» (LG n. 48, 2) o también «en Cristo como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG n. 1).

Ésta es la verdad primera de su ser, su identidad que condiciona su actuar. La Iglesia ha sido querida por Jesucristo para continuar, no ya su presencia histórica, sino su presencia espiritual de Señor resucitado. No ha llenado sólo de su presencia los treinta y tres años de su vida terrestre: su acción trasciende los siglos y permanecerá hasta el final de los tiempos. Es a través de y en la Palabra y los sacramentos que Jesús actúa actualmente entre nosotros.

Los Padres de la Iglesia lo han repetido sin cesar: no es el sacerdote quien bautiza, consagra, absuelve, cura, sino Cristo en y a través del ministerio sacerdotal.

Bajo la acción sacramental se esconde el actuar de Cristo, obrando por su Espíritu. Olvidar o minimizar nuestro contacto con el ministerio sacramental de la Iglesia, es privarnos de nuestras fuentes primeras y normales de vida.

2. PRESENCIA LIBERADORA

14 Quien dice fuente de vida, dice correlativamente, fuente de curación de todo lo que compromete la vida divina en nosotros, fuente de liberación de los ataques del pecado y del mal, fuente prioritaria de liberación del Maligno.

Por su actuar sacramental, la Iglesia es fundamentalmente misterio de salvación. Cada sacramento se nos da para que Jesús pueda acabar su obra en nosotros, aplicar los frutos de su pasión redentora, crear esta humanidad nueva que quiere ofrecer a su Padre y que se ha adquirido ya al precio de su sangre.

Se debería analizar, uno a uno, cada sacramento de la Iglesia para sacar el poder de vida que contiene, así como la gracia inmanente de inmunización y de curación contra la obra del Maligno.

Estamos aquí en el corazón de la Iglesia, sacramento de salvación y de liberación. Es aquí que encontraremos la gracia salvadora, si no exclusivamente, al menos en primer lugar y con la mayor profundidad de acción y de irradiación. No se insistirá nunca suficientemente sobre el sentido de los sacramentos como apertura y acogida de la acción vivificante y purificante de Dios.

3. NADA DE AUTOMATISMO

15 Pero si los sacramentos obran por su virtud intrínseca -ex opere operato-, esto no implica ningún automatismo y se puede pecar por sacramentalismo exagerado, es decir, olvidando o minimizando las condiciones de preparación y de acogida, como también las exigencias de vida que de ellos derivan.

Nos habituamos demasiado fácilmente a los instrumentos de gracias que están a nuestro alcance: la tentación de la facilidad y del formalismo nos acecha: hemos de revisar perpetuamente las condiciones en las que la vida sacramental se vive a nivel cotidiano. Hemos de rehacer periódicamente nuestro examen de conciencia a este respecto. A la pregunta ¿por qué los jóvenes se apartan tan frecuentemente de la Iglesia?, se puede contestar alegando una serie de causas extrínsecas a nosotros, debidas a la decadencia moral y a la descristianización del mundo que nos rodea. Estas causas son reales. Pero hay también causas intrínsecas que nacen de nosotros mismos, de modo particular de la forma cómo vivimos nuestras eucaristías y nuestros sacramentos. La rutina reina aún en ellas muy a menudo; demasiada rama muerta impide el florecimiento de los árboles.

La renovación litúrgica está aún inacabada: va mucho más allá de la adopción de la lengua viva o de algunas innovaciones de detalle. Hay que restaurar aún en

profundidad el sentido de la adoración, de la acción de gracias, de la oración de perdón, de la comunión fraterna.

¿Por qué muchos de estos jóvenes buscan un alimento espiritual en otros lugares, en sectas o en el esoterismo? ¿No es una llamada velada a que la vida sacramental y la vida sin más se reencuentren?

La Renovación Carismática me parece, a este nivel también, una gracia de revitalización que no hay que dejar pasar.

En cuestión de liberación, que es lo que ahora nos ocupa, se tendría que separar y hacer resaltar la gracia liberadora ofrecida en lo más profundo de cada sacramento y mostrar cómo la lucha contra el Mal y su influencia forma parte integrante de la vida de la Iglesia sacramental.

Entre los sacramentos, limitémonos a analizar brevemente a este respecto la función del Bautismo, de la Eucaristía, de la Penitencia.

B. EN PARTICULAR

1. EL BAUTISMO

16 El Bautismo nos asocia radicalmente a la muerte y a la Resurrección del Salvador: es, por excelencia, sacramento de liberación. Comporta muy explícitamente la renuncia a Satanás y a sus obras, lo que, entre paréntesis, no significa que se presuponga una posesión diabólica, sino que implica que el cristiano que nace, va a hacer suya ya la victoria de Cristo sobre el Mal.

La Iglesia se expresa en el ritual del Bautismo de niños de la siguiente forma: «Dios todopoderoso, tú has enviado al mundo a tu Hijo único para liberar al hombre, esclavo del pecado y devolverle la libertad propia de tus hijos; tú sabes que estos niños serán tentados por las mentiras de este mundo y deberán tener la fuerza de resistir a Satanás. Te suplicamos humildemente por ellos: por la Pasión y la Resurrección de tu Hijo, arráncalos del poder de las tinieblas; dales la fuerza de Cristo y guárdalos a lo largo de toda su vida».

En el ritual del Bautismo de adultos, por etapas, la fórmula de oración propuesta para el exorcismo del segundo escrutinio, se expresa así:

«Libra por el Espíritu de la verdad a todos los tiranizados bajo el yugo del padre de la mentira». Examinemos un instante, de paso, la liturgia del Sábado Santo, en el momento en que se realiza la renovación de las promesas del Bautismo.

El celebrante dirige a la asamblea una pregunta que invita a un compromiso. «¿Renunciáis a Satanás, al pecado, a todo lo que conduce al pecado?». La respuesta a semejante interpelación tiene sus consecuencias. Pero no tiene su sentido pleno, a no ser que Satanás sea percibido como una realidad, y la vida cristiana como un combate espiritual contra las fuerzas del Mal.

El pueblo fiel responderá «sí», pero ¿está suficientemente instruido por medio de la enseñanza ordinaria de todo lo que esto implica? ¿Le hemos dicho en nuestra predicación que el misterio pascual mismo es victoria sobre Satanás, sobre el pecado y sobre la muerte? Temo que no, y me acuso el primero. Nuestra catequesis ordinaria no prepara apenas al pueblo cristiano a captar la seriedad de este diálogo y sus implicaciones.

El próximo sínodo en Roma, consagrado a la Reconciliación y a la Penitencia, podría también, me parece, estudiar con gran utilidad cómo este diálogo del Sábado Santo podría ser preparado mejor, comprendido mejor, vivido mejor. La liturgia sale beneficiada cuando se hace concreta y realista.

2. LA EUCARISTÍA

17 La Eucaristía, «cumbre de la vida cristiana» (Vaticano II), fuente de donde todo brota y hacia la que todos los sacramentos convergen, es también, eminentemente, participación al misterio pascual de muerte y de resurrección, inmersión en el sacrificio redentor y por eso mismo fuente de nueva vida, de curación del alma y del cuerpo, sacramento de liberación.

Antes de comulgar, el sacerdote dirige al Señor esta oración: «Que tu Cuerpo y tu Sangre me liberen de mis pecados y de todo mal». Y este mal engloba todas las fuerzas vivas del Mal. La Eucaristía es el antídoto contra ellas: es «remedio de inmortalidad», prenda de nuestra resurrección futura, comunión por excelencia con nuestro Libertador.

En la Eucaristía, celebramos el poder de Jesús vencedor de todas las fuerzas del mal. En él se ha cumplido ya nuestra Pascua, nuestro paso de la muerte a la vida.

La Eucaristía es una celebración pascual en la que el acento recae en la victoria adquirida por la muerte del Salvador, en que se adora «por él, con él y en él» al Padre, en la alegría de saberse rescatados y liberados, aun si no se ha alcanzado todavía la etapa final. La conciencia viva del misterio eucarístico es incompatible con una visión pesimista de la creación y del mundo, como también con la afirmación de la perversión intrínseca del hombre, tan fuertemente señalada, como se sabe, en la tradición nacida de la reforma protestante. Volveremos en la tercera parte a la Eucaristía como victoria sobre el Poder del Mal.

3. LA PENITENCIA

18 El Sacramento de la Penitencia o de la Reconciliación no es solamente el sacramento del perdón; no borra sólo el pecado, sino que es también gracia y poder de resistencia para la lucha futura. Nos aparta del pecado que da a las fuerzas del Mal su poder sobre nosotros.

El Sacramento de la Penitencia, que el Señor ha confiado a sus apóstoles, es un sacramento de curación, querido por el Señor para hacernos experimentar su

misericordia y su amor; es un instrumento privilegiado para vencer el pecado y sus esclavitudes. Recibido en las disposiciones requeridas, realiza la conversión del pecador y su liberación interior. Es eminentemente ministerio de liberación.

Todo esto es doctrina básica para el fiel de la Iglesia. Por nuestra parte debemos valorizar todas las virtualidades de este sacramento y la experiencia de los cristianos podría ayudar grandemente a darle más realismo y una mayor repercusión vital. Un diálogo entre Iglesia docente e Iglesia discente sobre este punto sería sin duda enriquecedor y benéfico. Porque hemos de procurar constantemente integrar los sacramentos en la vida, y no marginarlos. Se comprende que las Iglesias, como las Free Churches (Iglesias libres), que no conocen los medios sacramentales de la liberación, hayan dado a la práctica de ésta, una autonomía y una extensión que exige sus reservas. Pero, por nuestra parte, debemos enriquecer y vivificar nuestra práctica pastoral sacramental, en particular lo que se refiere al Sacramento de la Reconciliación. Aquí de nuevo el próximo Sínodo podría ser instrumento de gracia.

4. LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS

Se debería hablar aquí también del Sacramento de la Unción de los enfermos, sacramento de curación, si no física, al menos espiritual. Y en cuanto tal, tiene sus virtualidades propias en lo que se refiere a nuestro tema. Esperamos volver a él un día en un próximo Documento de Malinas, que estará, si Dios lo quiere, dedicado al carisma y al ministerio de la curación.

C. LOS SACRAMENTALES

19 En la prolongación de los sacramentos, la Iglesia reconoce el empleo de los sacramentales, a condición de que se abstenga de todo uso y de toda interpretación abusiva.

El Vaticano II, en su Constitución litúrgica ha recordado la legitimidad del uso de los sacramentales, al mismo tiempo que invitaba a las adaptaciones requeridas por nuestro tiempo.

He aquí el texto que se refiere a ello:

«La santa Madre Iglesia instituyó, además, los sacramentales. Estos son signos sagrados creados según el modelo de los sacramentos, por medio de los cuales se expresan efectos, sobre todo, de carácter espiritual obtenidos por la intercesión de la Iglesia. Por ellos, los hombres se disponen a recibir el efecto principal de los sacramentos y se santifican las diversas circunstancias de la vida» (SC n. 60).

El Concilio continúa señalando a este respecto el valor pastoral de la liturgia y su relación con el misterio pascual:

«Por tanto, la liturgia de los sacramentos y de los sacramentales hace que, en los fieles bien dispuestos, casi todos los actos de la vida sean santificados por la gracia divina que emana del misterio pascual de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, del cual todos los sacramentos y sacramentales reciben su poder, y hace también que el uso honesto de las cosas materiales pueda ordenarse a la santificación del hombre y a la alabanza de Dios» (SC n. 61).

La Iglesia reconoce, pues, un lugar legítimo a los sacramentales, lugar subordinado sin duda y relativo, pero real.

En la lógica de la Encarnación del Hijo de Dios asumiendo nuestra naturaleza humana, es normal que su acción santificadora y liberadora se prolongue, no sólo a través del sacramento, sino también a través de los humildes símbolos humanos, santificados por la oración impetratoria de la Iglesia.

El uso de la señal de la Cruz, del agua bendita, del aceite bendito, de las palmas benditas, etc., no es un rito mágico. Servirse de ellos con espíritu de fe, como oración simbólica de liberación, forma parte del patrimonio espiritual que la Iglesia reconoce.

De modo particular, la señal de la Cruz es al mismo tiempo, expresión de nuestra fe trinitaria, y arma contra el Poder del Mal, en la línea de las recomendaciones de San Pablo:

«Revestíos de las armas de Dios para poder resistir a las asechanzas del Diablo... Embrazando siempre el escudo de la Fe, para que podáis apagar con él todos los encendidos dardos del Maligno» (Ef 6, 11. 16).

PARA REFLEXIÓN E INTERCAMBIO

1. La presencia histórica de Jesús se continúa en su presencia sacramental hoy. Mostrar a Cristo obrando en lo más profundo de los sacramentos (n. 13).
2. ¿Cómo evitar que se haga de los sacramentos un uso automático, sin la preparación necesaria? (n. 15).
3. ¿Cómo puede contribuir la Renovación a la valorización de la vida sacramental? (nn. 16-19).
4. ¿Cómo resaltar la función y el lugar de la Eucaristía en su aspecto de liberación del Mal? (ver al mismo tiempo el n. 17 y los nn. 66-67).

En una oración de la Iglesia, pedimos al Señor que nos conduzca a la fuente de toda liberación:

"La comunión en tus sacramentos nos salve, Señor, y nos afiance en la luz de tu verdad".

Postcomunión del 19.º Domingo del Tiempo Ordinario.

CAPÍTULO IV

LA IGLESIA, ANTE EL «MISTERIO DE INIQUIDAD»

1. EL PECADO, PRIMER ENEMIGO

20 En la literatura demonológica la atención está centrada normalmente en los casos reales o supuestos de posesión diabólica. Los medios de comunicación social, por su parte, han acentuado fuertemente esta tendencia.

Hay que ser consciente de la deformación de óptica así creada y evitar la trampa de dar más importancia a lo que es raro y excepcional.

Lo que nos hace «esclavos» del poder del Mal, no es normalmente la «posesión diabólica»; los teólogos están de acuerdo en decir que el Demonio no puede entrar en lo secreto de las conciencias si uno no se la entrega voluntariamente.

Es el pecado y su dominio que nos hacen esclavos y que permiten a las influencias perversas el amplificar la nocividad, como un viento que sopla sobre un fuego imprudentemente encendido. El arma más temible de que dispone el Demonio no es la toma de posesión, sino el pecado en cuanto tal.

Su influencia está presente allí donde el pecado reina, y éste ha invadido, en alto grado, nuestra humanidad descentrada y entregada a tanta permisividad moral.

La liberación es, por lo tanto, fundamental y prioritariamente la liberación del pecado en nosotros, que nos hace esclavos y disminuye nuestra libertad. La dificultad que es el pecado actúa a todos los niveles del hombre: razón, voluntad, acción, emoción. La escala de este tipo de esclavitud es muy amplia y variada.

Es aquí, y no sobre fenómenos que pueden ser únicamente psicopatológicos, que hay que fijar ante todo la atención cuando se habla de liberación. Como ha escrito Jean-Claude Sagne, O.P.:

«Es en el vacío provocado por nuestra falta de confianza en Dios o por nuestro apego egoísta o aún por nuestra suficiencia orgullosa, que el demonio interviene para transformar nuestra debilidad en peso espiritual, para hacer de nuestros apegos 'ataduras' espirituales y, por fin, para hacer de nuestros movimientos de orgullo un obstáculo endurecido a la invasión del Espíritu Santo. Habría muchas cosas que decir sobre la acción tentadora del demonio y de los ángeles malos que la secundan. Satanás endurece lo que encuentra o lo desorganiza más. Acentúa los trazos ya dibujados. Explota nuestras debilidades...» (7)

2. LA CONCUPISCENCIA

21 No se puede olvidar tampoco que hay en nosotros una realidad que no se identifica con el pecado, pero que es un elemento de perturbación, no identificable con lo demoníaco. Nos referimos a la concupiscencia.

En teología, se entiende generalmente por este término los restos dejados por el pecado en el hombre justificado por la gracia, es decir, las secuelas que se manifiestan en contra de su voluntad bajo forma de diversos impulsos. Es este un dato clásico que califica una situación previa al ejercicio de la libertad y que condiciona por una parte el actuar moral del hombre justificado. San Pablo no dudó en escribir: «No hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco» (Rm 7, 15).

No hay que identificar esta concupiscencia, subyacente al actuar humano, con un dominio especial directo del Demonio.

3. EL PECADO «ESTRUCTURAL»

22 Lo dicho a nivel de las personas es verdad también a nivel de las estructuras inhumanas de nuestra sociedad, estructuras económicas, sociales, políticas, que no reconocen los derechos del hombre y que son incompatibles con su dignidad. A esta escala reina también el pecado, aun cuando la responsabilidad de cada uno se separa y se desliga mal de la responsabilidad colectiva.

Nos imaginamos demasiado fácilmente que la acción del Demonio es de tipo espectacular. De hecho, las intervenciones «visibles» son la excepción. Su acción, por ser invisible y sutil, no es por eso menos perversa.

4. EL HOMBRE, PRIMER RESPONSABLE

23 El pesimismo radical con respecto al mundo, al cuerpo humano, a la libertad innata del hombre, no pertenece a la fe católica. Aun herido por el pecado, el hombre permanece el primer responsable de sus actos y no es el juguete pasivo de influencias diabólicas que lo manipulan.

La influencia del Demonio se ejerce de diversas formas: es el tentador, el seductor, el inspirador de opciones culpables. Engaña y presenta lo falso como verdadero, el mal como bien, «disfrazándose de ángel de luz» (2 Co 11, 14).

Pero su dominio no es despótico: requiere la aquiescencia de los interesados, y en último término, el hombre es siempre responsable de su pecado.

La insistencia en las influencias diabólicas no debe servir de excusa y de alibi a la debilidad humana y disminuir o eliminar la conciencia de nuestra responsabilidad. Es demasiado fácil apelar a causas extrínsecas a nosotros mismos, para camuflar o atenuar la libertad de nuestra propia decisión. La Iglesia se ha opuesto siempre a todo lo que «desestabiliza» al hombre y le convierte en juguete de fuerzas extrañas. Profesa

que Dios ha puesto nuestra suerte en nuestras manos, creándonos libres y responsables y que si la responsabilidad puede ser atenuada por circunstancias, ésta permanece sin embargo fundamentalmente intacta.

5. LA FE, SALVAGUARDA SUPREMA

24 En cuanto al Demonio, todo le es válido para impedir la adhesión del hombre a Dios. Su táctica habitual podría resumirse así: el Demonio intenta esconder a Dios al hombre.

Para impedirnos alcanzarle y vivir en la luz, ataca preferentemente a la base de toda vida cristiana: la fe teologal. Porque la fe nos pone en contacto directo con Dios, y el Demonio no puede entrar en este campo reservado a Dios sólo. Cuanto más el hombre vive de la fe, más le resulta inaccesible. La fe es una fortaleza que pone al abrigo de sus ataques, y por eso intenta hacer salir al creyente, haciendo destellar todo el juego de lo extraordinario, donde le es fácil hacer ilusionismo, y llevar al fiel a apoyarse sobre otra cosa que la fe pura.

Éste es el indiscutible peligro de las «visiones», «revelaciones», «profecías» que abundan en nuestro mundo y de las que la Renovación carismática debe tener cuidado. La presunción es que se trata lo más frecuentemente de frutos de la imaginación, que corresponde a la Iglesia discernir para evitar el peligro de iluminismo. Estas falsificaciones de lo sobrenatural constituyen un terreno particularmente accesible a la acción del Espíritu del mal.

Al fin y al cabo, podríamos preguntarnos si la forma exagerada de presentar la obra de Satanás en este mundo no podría ser también una astucia de Satanás, proveyendo a los que niegan su existencia un argumento suplementario para motivar la negación.

6. EL «MISTERIO DE INIQUIDAD»

a) A nivel de lo invisible

25 Este mundo de tinieblas es tenebroso por definición, fuera del alcance directo de nuestras estructuras mentales.

Sin duda el misterio de Dios es cegador, él también, pero por otra razón: porque nuestros ojos son demasiado débiles aquí abajo para sostener su luz.

¿Quién sondeará el misterio del amor creador, redentor, santificador de Dios? El «misterio de iniquidad» del que habla San Pablo, por el contrario, no es del mismo orden: es impenetrable por las tinieblas mismas que lo rodean. No se puede entrar en él con una antorcha en la mano. En este campo, más que en otros, hay que insistir en la discreción y la sobriedad requeridas para hablar de él de forma adecuada. Guardémonos de introducir en el reino de las tinieblas nuestros conceptos humanos siempre analógicos y deficientes, nuestra lógica, nuestras clasificaciones. Al leer cierto

tipo de literatura, uno tiene ganas a cada paso de gritar peligro ante tantas pseudocertezas.

MacNutt, uno de los autores que, según mi opinión, ha vulgarizado hasta la exageración católica en la Renovación carismática las influencias demoníacas, escribió acertadamente -aunque lo olvidó demasiado a menudo en la práctica- que no hay ninguna manifestación demoníaca que no sea ambigua, que ningún síntoma o cúmulo de síntomas lleva a concluir con evidencia en una operación propiamente demoníaca. Esto es tan cierto que estamos aquí en el campo de las tinieblas, en el puro irracional, en lo no-inteligible por definición. (8)

b) A nivel de lo visible

26 Este misterio de iniquidad actúa normalmente a la sombra; a veces, sin embargo, aparece de una forma visible.

Se encuentran restos de la creencia de la Iglesia en manifestaciones diabólicas en la liturgia, el Ritual, la patrística, las vidas de los Padres del desierto, de los anacoretas, de los monjes, de los santos. Los relatos abundan, coloreados por el espíritu del tiempo y las ingenuidades de la época, pero su misma continuidad merece retener la atención.

La permanencia del fenómeno de las manifestaciones diabólicas, verdaderas o falsas, suscita varios interrogantes.

Se las encuentra, efectivamente, en todas las épocas y bajo una variedad de formas. Particularmente en la vida de los santos más diversos, como Benito, Francisco, Juan de Dios, Vicente Ferrer, Pedro de Alcántara, y entre las santas: Margarita de Cortona, Ángela de Foligno, Rita de Casia, Rosa de Lima y tantas otras.

Más cerca de nosotros, en el siglo XIX, la vida del Cura de Ars es fértil en tentaciones que le aparecen como «infestaciones» crueles y severas. Los hagiógrafos hablan de ruidos insólitos e inquietantes que le impedían dormir, vejaciones y amenazas, gritos groseros, bofetadas, insultos de todas clases.

Todo esto se atribuye al Espíritu de las tinieblas. Para el siglo XX citemos solamente, a modo de ejemplo, la vida del P. Pío, célebre estigmatizado muerto en 1968 y cuya causa de beatificación está en estudio. Se encuentran en él numerosas referencias a ataques demoníacos: el demonio se le aparecía bajo formas horribles, le torturaba, le tiraba fuera de la cama -y esto en múltiples ocasiones.

¿Qué concluir de la permanencia de estos fenómenos? Yo diría esencialmente esto: estamos aquí en el campo de las tinieblas, en el que hemos de adentrarnos con extrema prudencia. No se puede evitar la pregunta: ¿qué es lo que procede del psiquismo de cada uno, qué es lo que denota con claridad influencias demoníacas? No tenemos criterios seguros y decisivos. Todo lo que podemos decir es que no es razonable aceptarlos en bloque como manifestaciones diabólicas -es la tentación de tipo sobrenaturalista-, pero que no es razonable tampoco rechazarlos en bloque como fenómeno de histeria o alucinación -es la tentación de tipo racionalista.

PARA REFLEXIÓN E INTERCAMBIO

1. El arma más temible que tiene el Demonio no es la toma de 'posesión', sino el pecado como tal. Explícalo (n. 20).
2. ¿Por qué se debe señalar fuertemente que Dios ha puesto nuestra suerte en nuestras manos, al crearnos libres y responsables? ¿Cuáles son las consecuencias prácticas de esto con respecto a las influencias diabólicas? (n. 23).
3. Caminar en la fe preserva de las tentaciones de aumentar todo lo que se refiere a lo extraordinario. Explícalo (n. 24).
4. El "misterio de iniquidad" permanece por definición rebelde a nuestras clasificaciones y hay que hablar de él con mucha reserva y sobriedad. Ver el n. 25 y compararlo con lo que se dice en el capítulo VIII.

Pidamos al Señor una curación liberadora:

"Padre de misericordia, que tu acción medicinal cure nuestras maldades y nos conduzca por el camino del bien".

Postcomunión del 10.º Domingo del Tiempo Ordinario.

CAPÍTULO V

LA IGLESIA HOY ANTE EL PECADO

1. EL PECADO EN EL CORAZÓN DEL MUNDO

27 La noción misma de pecado, como oposición a la voluntad divina y ruptura de comunión con Dios creador y Padre de los hombres, está en vías de desaparición en nuestro mundo contemporáneo.

Un autor norteamericano publicó un importante volumen bajo este significativo título: «Whatever became of sin?» (9) que se puede traducir: «¿Qué se ha hecho del pecado?».

No es extraño, por otra parte, que hayamos perdido el sentido del pecado en la misma medida en que el sentido de Dios y del Evangelio se ha debilitado. El pecado es un abismo que no podemos sondear con nuestra sola razón humana. Para penetrar en él verdaderamente, se debería entender al mismo tiempo la trascendencia e inmanencia de Dios, lo que es en sí mismo y lo que es en nosotros.

Se cuenta que Ozanam contestó un día a su hijo que le echaba en cara que exageraba cuando se llamaba gran pecador: «Hijo mío, no sabes lo que es la santidad de Dios». Hay que estar muy cerca de Dios para medir así la distancia que separa.

Percibimos mal la trascendencia de Dios, pero también su inmanencia por la que se identifica con nosotros cuando le servimos en nuestro prójimo y nos dice: «Es a mí a quien lo habéis hecho».

«¿Quién es Dios, canta el poeta, que nadie puede amarlo si no ama al hombre?

¿ Quién es Dios que se le puede herir tan fuertemente hiriendo al hombre?».

Uno puede también acercarse a este abismo por otro camino, contemplando a Cristo muriendo en el Calvario, «Cordero que quita el pecado del mundo. Salvador que da su vida por la remisión de los pecados».

Sin tal iluminación, el pecado pierde su sentido con tanta más facilidad cuanto que los análisis freudianos han desculpabilizado al hombre retirando el pecado al inconsciente o a la patología.

El hombre moderno ya no entiende el pecado en su dimensión religiosa. El bien y el mal no dependen más que de él mismo: es su propia ley y la «medida de todas las cosas». Basta con no hacer daño a otro para ser declarado libre de toda obligación. Esto es olvidar que el hombre que se envilece aun en secreto, degrada a la humanidad. Se ha podido decir «que un alma que se eleva, eleva al mundo». Lo contrario también es verdad: estamos unidos los unos a los otros en bien y en mal por una misteriosa solidaridad. No son sólo las epidemias y las repercusiones nucleares que atraviesan las fronteras.

28 Ante los desórdenes del mundo, las encuestas sociológicas y los sondeos no pueden mostrarnos el secreto último que no es otro fundamentalmente que el pecado de los hombres.

Porque es él, en último término, quien está en el origen de todos los males y abusos sociales, que renacen sin cesar en todas las latitudes y en todos los regímenes. El pecado no es solamente desorden con respecto a Dios, es nihilista y antisocial por naturaleza. El hombre que peca -aun en secreto- lo hemos dicho, destruye la sociedad en que vive, porque deteriora al hombre y lo deshumaniza.

La constitución pastoral «Gaudium et Spes» ha señalado muy claramente esta relación:

«Es cierto que las perturbaciones que tan frecuentemente agitan la realidad social proceden en parte de las tensiones propias de las estructuras económicas, políticas y sociales. Pero proceden, sobre todo, de la soberbia y del egoísmo humanos, que trastornan también el ambiente social» (GS n. 25).

Todo pecado refuerza por otra parte el poder de Satanás sobre el mundo. El «Padre de la mentira» encuentra ahí la falla que le da ocasión para exasperar los conflictos de los hombres, alzarlos inexorablemente unos contra otros, alimentar las guerras que son siempre fratricidas, porque es, según la palabra bíblica: «homicida desde el principio». El pecado está en lo más profundo del drama de los hombres, lo sepa o no, lo nieguen o lo confiesen.

2. LA DEGRADACIÓN MORAL ACTUAL

29 Antes de describir la degradación moral actual ante nuestros ojos, es justo reconocer los progresos reales de la conciencia humana en múltiples sectores de orden caritativo o social. De modo particular, se nota una sensibilización de la conciencia y del sentido de la solidaridad humana, perceptible a escala mundial en el vasto campo de los derechos humanos, aun si realmente estos derechos son cínicamente pisoteados cotidianamente en muchos países.

Pero, bajo la cobertura misma de derechos del hombre, se asiste por desgracia a un hundimiento moral sin precedentes en sectores vitales, que echa por tierra los fundamentos de toda vida social.

Una vez suprimido el lazo que determinaba el bien y el mal en referencia a Dios y al Evangelio, el hombre se ha convertido en el criterio supremo del bien y del mal.

Los frutos de este relativismo integral, rotos todos los diques, son particularmente sensibles en todo lo que se relaciona con el respecto de la vida humana y el respeto al amor auténtico. Detengámonos un momento en estos dos puntos neurálgicos.

a) El respeto de la vida humana en sus inicios

Decretando -por mayoría- que el aborto directo es ya legal -y pagado por la Seguridad Social se ha puesto el dedo en un engranaje que lleva a las peores consecuencias. En cuanto la vida humana es sacrificada en su inicio según las conveniencias de cada uno, no hay ya ninguna razón lógica para que la sociedad respete en el futuro el derecho a la vida de los subnormales, de los enfermos incurables, de los viejos inútiles. Una campaña hábil y perseverante de los medios de comunicación social, manipulando la opinión pública, basta para barrer mañana toda la herencia moral que el Evangelio nos ha legado, y que está en el fundamento de nuestra civilización. Debemos denunciar contra viento y marea la confusión que no cesa de hacerse entre el derecho de disponer de su propia vida y el derecho de disponer de la vida del otro.

b) El respeto al amor

30 La familia, atacada así en su origen, es echada por tierra también por el «derecho al amor libre» que se ha convertido en otra reivindicación mayor. De ahí la multiplicación de los divorcios -un matrimonio de cada dos o de cada tres es ya víctima de él en ciertos países. Y la cascada de consecuencias se nota también ahí -se trate de la delincuencia juvenil, fruto la mayoría de veces de estos hogares rotos-, de la droga, de la violencia, etc.

Bajo la capa de la palabra «amor», se realiza ante nosotros una inmensa mistificación. En mi libro «Amor y dominio de sí», que es de 1960, escribía: «La palabra amor es para el cristiano de hoy una batalla perdida que hay que recuperar».

«Ninguna palabra, en efecto, es tan pisoteada en la literatura ordinaria y en el lenguaje del cine, de la radio, de la TV, de la publicidad. Los periódicos y las revistas están llenos de ella: se nos describe con toda clase de detalles sus flechazos y sus crímenes. La radio canta «el amor» a todas horas y en todas las ondas. El cine da escenas «de amor» a lo largo de la película. El teatro le consagra buena parte de sus representaciones y la publicidad se encarga de renovar su imagen. El «amor» es presentado como la mayor excusa que absuelve todo, que lleva en sí su justificación. Cuando un hombre se enciende de pasión por una mujer que no es la suya, reivindica su libertad en nombre del «amor». Es «como un velo echado sobre las peores torpezas. En realidad, no es el amor quien le hace actuar, sino la pasión física que le ciega. El amor es un alibi que enmascara el egoísmo más cínico, la mala conducta, el adulterio, la lujuria».

Esta degradación moral ha extendido aún más sus estragos. Cómo no suscribir estas líneas escritas recientemente por el P. Gérard Defois, secretario de la Conferencia Episcopal francesa:

«El amor reducido a la pasión pasajera, la sexualidad reducida a una banal consumición del instante, la familia reducida a un acuerdo efímero..., es el hombre reducido a los límites fatales de una sociedad del miedo. Nuestras discusiones sobre los anticonceptivos, el aborto, el divorcio, la vida en una palabra, son tan importantes

como nuestros debates sobre los armamentos o la tortura. Mejor dicho, es la misma lucha por dar a la familia y a nuestra convivencia nacional o internacional, contra viento y marea, la cualidad humana».

3. EL SENTIDO DEL PECADO EN RETIRADA EN LA CONCIENCIA CRISTIANA

31 Pero hay un drama particular que se está desarrollando en este momento en la conciencia de algunos cristianos: la noción misma de pecado está en una peligrosa retirada.

Sin duda, nuestras liturgias eucarísticas se abren aún con el Confiteor, y uno se golpea ritualmente el pecho.

Indudablemente, continuamos pidiéndole a Dios, en el Padrenuestro, que «perdone nuestras deudas y nos libre del mal»; y en el Avemaría no se ha suprimido el «ruega por nosotros, pecadores».

Pero ¿nos atreveríamos a decir con sinceridad que nos acercamos a Dios «con el alma contrita y humillada», como confesamos con los labios?

Nos tenemos que preguntar sinceramente: ¿dónde estamos en tema de moral específicamente cristiana? Añado la precisión «específicamente cristiana», porque sé que hasta esto se discute entre nosotros y que algunos intentan sostener la tesis de la inexistencia de esta especificidad.

No hemos de examinar nosotros la conciencia de los no-cristianos: basta examinar la nuestra.

No se respira impunemente el aire que nos rodea, sobre todo cuando las miasmas entran por todas las vías de acceso de los medios de comunicación social, estos nuevos reguladores de la conciencia de los hombres. Limitémonos simplemente al sector familiar que nos puede servir de test.

¿En qué longitud de onda estamos en este terreno? ¿De dónde sacamos nuestros criterios de apreciación y de referencia? ¿Dejaremos de lado la enseñanza que nos ha transmitido hoy la iglesia en la exhortación apostólica Familiaris Consortio, que Juan Pablo II ha publicado recientemente? O, por el contrario, ¿vamos a acogerla y a integrarla en nuestro actuar como elemento esencial y vital? Hay motivos para inquietarse sobre esta acogida.

Trátase de relaciones sexuales prematrimoniales, de informaciones sobre anticonceptivos para cualquier uso, de aborto voluntario, de desviaciones sexuales, de lesbianismo o de homosexualidad, de cohabitación juvenil o de matrimonio de prueba -en dos o tres etapas-, la idea misma de que todos estos comportamientos no dependen del arbitrio de los hombres, sino que hay una ley divina, una Palabra de Dios que el magisterio vivo interpreta, todo esto parece que se ha convertido en ajeno a la conciencia de muchos cristianos, más atentos a la modernización que a la fidelidad doctrinal.

Mientras escribo esto, ha caído en mis manos por casualidad una revista editada «por y para los cristianos de hoy». Se puede leer en ella estas chocantes líneas:

«¿No sería posible, sobre todo a nivel religioso, revisar la pastoral del matrimonio, teniendo en cuenta (como ya se está haciendo) las etapas por las que hoy en día pasa a veces la construcción madurada de un amor? Cohabitación con proyecto decidido, declaración ante la comunidad cristiana que acoge. Por último, fundación de una familia, cuando se ha decidido la procreación: pues ésta exige una voluntad deliberada de estabilidad y de permanencia. Lo que no impediría de ningún modo el matrimonio como compromiso definitivo desde el principio para los que estuviesen decididos».

Uno puede preguntarse adónde llevaría una «pastoral» puesta así al gusto de la moda. ¿Cómo queda, en todo esto, el Evangelio y el carácter sacramental del matrimonio entre bautizados?

Este debilitamiento del sentido cristiano en lo que concierne al amor y al matrimonio, del que no juzgo las intenciones, es tanto más grave cuanto que «sólo el amor construye el mundo» y cuanto que «el futuro de la humanidad pasa por la familia» para emplear las expresiones de Juan Pablo II.

A base de calcar, por contagio, nuestra moral según la vivencia del momento - esperando la vivencia de mañana, que podría reservarnos otras sorpresas más corrosivas aún-, estamos perdiendo nuestra identidad: aquí está nuestra retirada. Reconozcámoslo: si, en el mundo «cristiano» de hoy, no se exorciza ya al diablo, estamos muchas veces exorcizando al pecado.

4. UN GRITO DE ALARMA

32 Lo que me parece más grave de todo esto es que los cristianos parecen resignados a dejar que la deriva moral continúe sin reacción, sin ni siquiera protestar de otro modo que por algún suspiro de resignación ante lo inevitable. El derrotismo es incompatible con nuestra misión de cristiano en y para el mundo. Jesús dijo a los suyos que los dejaba en el mundo, pero que no podían ser del mundo. El pacto con el mal o la resignación son la negación misma de nuestra identidad cristiana.

Actuar y reaccionar son imperativos que permanecen de candente actualidad. Hemos de traducir la oración en acción, y servir al Señor con nuestros riesgos y peligros. Más vale hablar más del pecado que de los demonios, denunciando sus ataques.

Nuestros «aleluyas» no serán válidos, sino a condición de que, al salir de una reunión de oración, busquemos juntos con valentía e imaginación cómo anunciar concretamente los imperativos del Evangelio al corazón del mundo. Esto supone una estrategia sobre las formas y medios concretos individuales y colectivos que permiten realizar nuestro trabajo específico. Hay muchas formas de protestar y de influenciar a los que tienen en sus manos los destinos de un país. Uno puede aprender todos los días viendo cómo actúan los que destruyen ante nuestros ojos nuestra herencia moral.

«Fas est ab hoste doceri» (es lícito aprender del enemigo). El Señor dijo que «los hijos de las tinieblas son más astutos que los hijos de la luz» (Lc 16, 8). Esta palabra debería sacudir nuestra imaginación y estimular nuestro ánimo. Necesitamos cristianos valientes -no sólo en los países en que se exponen al martirio-, sino también entre nosotros, en nuestra vida pública en que la libertad tiene aún sus derechos, pero que por eso mismo tiene también sus exigencias.

PARA REFLEXIÓN E INTERCAMBIO

1. ¿Qué relación hay entre el pecado y los desórdenes políticos y sociales en el mundo? (cf. nn. 22 y 28).
2. ¿En qué campos la degradación moral que actualmente hay en el mundo se nota de un modo particular? (ejemplos: nn. 29, 30 y 31).
3. ¿Cómo devolver la conciencia a los cristianos sobre la realidad del pecado, y reflexionar sobre el tema del Sínodo de Obispos de 1983 "Penitencia y Reconciliación"?
4. ¿Cómo reaccionar contra la degradación de costumbres, de forma personal y colectiva,, a todos los niveles (prensa, radio, televisión) y ante los responsables de nuestra vida pública?... Sugerencias concretas.

La Iglesia ante el pecado nos invita a invocar incesantemente al Señor:

"Dios todopoderoso: por este nuevo nacimiento de tu Hijo en nuestra carne libranos del yugo con que nos domina la antigua servidumbre del pecado".

Oración del sexto día dentro de la Octava de Navidad.

SEGUNDA PARTE

Renovación Carismática y “poder de las tinieblas”

CAPÍTULO VI

LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA COMO «EXPERIENCIA» DEL ESPÍRITU SANTO

1. EL SENTIDO DEL TÉRMINO «CARISMÁTICO»

33 Antes de decir por qué la Renovación Carismática ha suscitado una toma de conciencia más clara del Espíritu del Mal y del pecado en el mundo, querría decir brevemente cómo y por qué ha contribuido positivamente a una toma de conciencia más viva del Espíritu Santo y sus dones. Lo positivo y lo negativo se implican como la cara y cruz de una misma medalla. Pero antes que todo, hay que precisar el vocabulario.

El término «carismático», empleado en el título, no será utilizado más que de forma excepcional para no recargar el texto, pero necesita ser clarificado.

Este término no tiene de por sí ningún sentido exclusivo: la Iglesia entera es carismática y cada cristiano lo es en virtud de su bautismo. Pero el término ha tomado un sentido histórico y designa un movimiento determinado que se llama muchas veces «La Renovación en el Espíritu». Yo prefiero esta expresión porque la palabra «carismático» no recoge todos los aspectos de esta corriente de renovación espiritual que toca, no sólo el campo de los carismas, sino muchos aspectos de la vida cristiana.

Por el hecho de que toda renovación verdadera depende del Espíritu Santo, todos los movimientos espirituales en la Iglesia podrían llamarse de este modo. Pero la historia lo reserva a la Renovación nacida, a partir de 1967, en unos grupos de oración de Estados Unidos.

Por otra parte, este «movimiento» no es un movimiento organizado, en el sentido corriente de la palabra, no tiene fundadores, ni líderes «institucionalizados», no forma un todo homogéneo. La situación será diferente, por lo tanto, en lo que se refiere a nuestro tema según los diferentes países. Se deberá tener en cuenta esta diversidad para apreciar en qué medida ciertas precauciones se aplican al nivel local.

2. LA EXPERIENCIA BÁSICA DE LA RENOVACIÓN

34 Digamos, pues, en primer lugar, cuál es la experiencia básica que es el alma profunda de la Renovación. Por encima de las imágenes superficiales, hay que entender la Renovación como una gracia que actualiza el bautismo y la confirmación,

como una especie de Pentecostés personal que implica conversión, nuevo reconocimiento de Jesucristo, apertura nueva al Espíritu Santo. Corresponde a los teólogos buscar cuál puede ser la mejor formulación. El término «bautismo en el Espíritu» podría hacer olvidar el bautismo sacramental inicial que nos enraíza en Jesucristo; el de «Pentecostés personal» no puede hacer olvidar que el Pentecostés fundador de la Iglesia es siempre único.

Pero sea cual sea el vocabulario, ha aparecido en la Iglesia una experiencia de conversión a una vida nueva. Atraviesa los cinco continentes como un soplo de recristianización en profundidad de los cristianos, como un viento que penetra un brasero cubierto de cenizas y lo transforma en foco de calor y de vida. «He venido a arrojar un fuego sobre la tierra, dijo Jesús, y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido! » (Lc 12, 49).

Como respuesta a la oración de Juan XXIII y Pablo VI, el misterio de Pentecostés continúa, no exclusivamente, pero sí de forma muy particular en este despertar religioso. Lo nuevo para los que lo acogen es que el Espíritu Santo, objeto de fe, se convierte para ellos en una experiencia vital. Aquí está la clave.

Como escribió el P. Sullivan, S.J., profesor de teología de la Universidad Gregoriana de Roma: «Los carismáticos no dudan ni un momento que el Espíritu Santo haya sido dado en los sacramentos del bautismo y de la confirmación y que está presente en todo el que vive en la gracia de Cristo. Pero, al mismo tiempo, creen que el Espíritu, aunque ya esté ahí, puede hacerse presente en la misma persona de una forma nueva y decisiva, es decir, transformando esta presencia, anteriormente creída por la fe, en una realidad de experiencia vivida.

Este cambio se señala por nuevas manifestaciones, de la acción del Espíritu en la vida personal, por un sorprendente aumento de fuerza para dar testimonio, del Señor, como también por los carismas que vienen. Aun señalando esta experiencia “pentecostal” inicial que muestra una nueva presencia del Espíritu, los carismáticos insisten en decir que no hay que subrayar esta fase inicial en detrimento de la nueva «vida en el Espíritu» que se instaura y que debe ser la continuidad lógica. Hay que alimentarla y sostenerla, si se quiere que la experiencia inicial dé sus frutos». (10)

35 A este análisis -y a este testimonio-, querría añadir aquí unas líneas de un historiador, Richard Quedeaux, que, en su libro «The New Charismatics» (Los nuevos carismáticos), sitúa con toda exactitud las características de esta experiencia:

«Cuando Cristo, escribe, prometió a sus discípulos que después de su partida les enviaría el Espíritu Santo, preveía que su venida les colmaría tres necesidades vitales:

1. confirmarlos en la fe;
2. traerles la alegría en medio de los sufrimientos;
3. dar a sus discípulos seguridad, dirección, enseñanza.

Y, sin embargo, si se observa a la mayoría de cristianos, hay que reconocer sin duda que, si bien aceptan intelectualmente la promesa del Señor referente al Espíritu, no

han tenido experiencia de ella. Por lo tanto, la promesa no tiene significado real en su vida y brota de nuevo la pregunta: ¿cómo saber que el Espíritu permanece en mí?

La Renovación carismática responde a esta pregunta: el test será el «bautismo en el Espíritu», es decir, una poderosa experiencia que convence a aquel que recibe la gracia que Dios es real, que es fiel a su promesa y que los 'signos y prodigios' descritos en el libro de los Hechos, pueden aún realizarse hoy para él» (11)

Ésta es la aportación de la Renovación en lo que concierne a la toma de conciencia del Espíritu Santo en la vida cristiana.

Fue esto lo que chocó al Papa Juan Pablo I, cuando le envié mi libro «¿Un nuevo Pentecostés?» siendo él aún patriarca de Venecia. En una carta amable y calurosa, condensó su reacción en una frase que dice mucho. «Al leer sus páginas, me escribió, me siento obligado a decir con usted y como usted que me he sentido impulsado a releer con ojos nuevos los textos de San Pablo y de los Hechos de los Apóstoles que creía conocer». La Renovación vive de esta relectura.

PARA REFLEXIÓN E INTERCAMBIO

1. El término "carismático" es ambiguo: cada cristiano es "carismático" por su mismo bautismo. Clarifica la expresión cuando se quiere hablar de la "Renovación en el Espíritu" en el sentido histórico contemporáneo (n. 33).
2. ¿Dónde está el núcleo de la Renovación, y qué cosas son periféricas? (n. 34).
3. ¿Por qué Jesús envió el Espíritu Santo a sus discípulos? (nn. 34, 35).
4. Muestra por medio de los Hechos de los Apóstoles que el Espíritu Santo ha venido para satisfacer las necesidades vitales señaladas (n. 35).

Expresemos en una oración de acción de gracias todo nuestro agradecimiento al Señor por la obra de su Espíritu en la Iglesia, a lo largo de los tiempos:

"Oh Dios, que con acción maravillosa creaste al hombre y con mayor maravilla lo redimiste. Concédenos resistir a los atractivos del pecado guiados por la sabiduría del Espíritu, para llegar a las alegrías del cielo".

Oración después de la primera lectura de la Vigilia pascual.

CAPÍTULO VII

LA RENOVACIÓN Y EL SENTIDO REAVIVADO DEL MAL

1. EL ESPÍRITU SANTO SENSIBILIZA A LA MALICIA DEL PECADO

36 La gracia de la Renovación no es sólo una nueva experiencia religiosa, una toma de conciencia más viva de los dones y de los carismas con los que el Espíritu construye la comunidad eclesial: toca a todo lo que es obra del Espíritu. Su acción no se nota sólo en sus aspectos luminosos y positivos. Sensibiliza también a los cristianos en la realidad del mundo de las tinieblas a la que el Espíritu se opone. Da como una conciencia nueva de la realidad del Enemigo, del Adversario del reino de Dios.

Un texto misterioso de San Juan nos dice: «Cuando él venga convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio» (Jn 16, 8).

La interpretación de este texto no es fácil, pero el sentido general es claro: el Espíritu Santo revela a Cristo -es su misión directa-, pero, al mismo tiempo y por contraste, ayuda a descubrir todo lo que se le opone, todo lo que viene del Anticristo.

Revelará, pues, según la Escritura, la iniquidad del mundo y su condena, sensibilizará al cristiano de la gravedad del pecado y de la omnipresencia del mal. Hará sensible también la derrota del Príncipe de este mundo, el cual, a causa de la muerte de Jesús, ha sido vencido.

No se puede amar el bien sin odiar, no al pecador, pero sí al mal y al pecado. A quienes le dejan campo libre, el Espíritu Santo les da una sensibilidad nueva para ver, denunciar y combatir todo lo que es negación de Dios en el mundo.

No sólo escruta las profundidades de Dios, sino que penetra también las profundidades del hombre y mueve a reaccionar contra los ataques del mal y del pecado, tanto personal como social.

37 Hemos tomado cada vez más conciencia de que el pecado no es sólo personal, invade también, a gran escala, nuestras estructuras y nuestras tensiones sociales. Hemos aludido ya a esto.

Odio racial o partidismo, egoísmo de clase, violencia y terrorismo, desvergüenza moral o fraude comercial, hipocresía o mentira -todo esto falsea las instituciones humanas sean las que sean. El Espíritu ayuda a percibir con mayor sensibilidad las causas profundas del desorden que nos rodea. Ayuda a percibir que el mal que sufrimos no está en primer lugar en las instituciones y en las cosas, sino en nosotros, en nuestra voluntad, en nuestra alma. «La bomba no es peligrosa, decía Denis de Rougemont, lo peligroso es el hombre». Completémoslo diciendo: lo peligroso es el pecado en el hombre y quien dice pecado penetra en un campo en que el Espíritu del mal ejerce su influencia.

Es necesaria la luz penetrante del Espíritu Santo para comprender verdaderamente la gravedad del mal y para reconocerse pecador. Es conocida la definición de santidad según Chesterton: «Un santo es aquel que sabe que es pecador». Los demás no lo saben y no se reconocen tales.

2. EL ESPÍRITU SANTO SENSIBILIZA A LA LUCHA ESPIRITUAL

38 Es, pues, normal que el Espíritu Santo avive la conciencia del fondo tenebroso sobre el que está en juego el destino de los hombres, y nos ponga en situación de alerta y de lucha. En un libro titulado «Concerning Spiritual Gifts», un autor protestante, Donald Gee, subraya esta lógica del Espíritu Santo: «Para el creyente individual, bautizado en el Espíritu Santo, como para el grupo que ha experimentado los dones espirituales, el conjunto del mundo espiritual se convierte en algo muy real. Se sigue inevitablemente que una visión espiritual más desarrollada para ver las cosas de Dios, conduce naturalmente a descubrir con otros ojos la realidad del Poder del Mal.

Dichoso el creyente y la asamblea de fieles que se abre con vigilancia a esta sensibilidad espiritual ampliada, pero que conserva, por encima de todo, su fe en Dios, que protege la Iglesia rescatada por su sangre y que triunfa de los ataques más sutiles del implacable Enemigo». (12)

PARA REFLEXIÓN E INTERCAMBIO

1. "El Espíritu Santo convencerá al mundo en lo referente al pecado, a la justicia y al juicio". ¿Cómo la Renovación sensibiliza a la malicia del pecado?

2. ¿Qué quiere decir "combate" espiritual? ¿Somos conscientes de él?

3. Cuanto más se afina una conciencia cristiana, más toma conciencia de su debilidad. Comenta la frase de Chesterton (n. 37)

4. Muestra en la vida de los santos del pasado -y del presente- este sentido de la humildad ante Dios.

Sensibilizados por el Espíritu Santo a la malicia del pecado, pongamos nuestra confianza en el Señor:

"Señor, Padre Santo, que para nuestro bien espiritual nos mandaste dominar nuestro cuerpo mediante la austeridad; ayúdanos a librarnos de la seducción del pecado y a entregarnos al cumplimiento filial de tu santa ley".

Oración del lunes de la 2.º Semana de Cuaresma.

CAPÍTULO VIII

LA RENOVACIÓN Y LA DEMONOLOGÍA SUBYACENTE

39 Antes de estudiar cómo se practica en el seno de la Renovación el ministerio de «liberación del o de demonios», hay que examinar qué demonología está subyacente a esta práctica y mostrar su debilidad doctrinal. Estamos aquí frente a un fenómeno de contagio que debe atraer nuestra atención.

Históricamente, la Renovación Católica nació en los Estados Unidos, en un contexto religioso en que la influencia de la lectura fundamentalista de la Biblia tuvo y tiene aún un papel importante.

Al principio, muchos católicos, dentro de la Renovación, descubrieron la práctica de la liberación entre cristianos de otras tradiciones, pertenecientes sobre todo al ambiente de las Iglesias libres (Free Churches) o Pentecostales y los libros que leyeron -y leen aún- proceden en gran parte de estos ambientes.

De ahí, una literatura sobreabundante sobre el demonio y sus acólitos, sobre su estrategia y sus medios de acción, etc.

En la Iglesia Católica, este campo había quedado durante mucho tiempo abandonado y nuestra pastoral propia no ofrecía apenas guías adaptadas a nuestro tiempo. Hay que reconocerlo: ha habido una falta por nuestra parte y no es culpa de los miembros de la Renovación si no han tenido, cuando se requería, directrices actualizadas y autorizadas.

Esto explica la ósmosis que se ha producido y el contagio de una literatura abundante, extraña al Catolicismo y demasiado segura de sí misma, que nos ha invadido. Los excesos en cuestión de demonología tienen aquí su origen primero, pero ciertos vulgarizadores católicos -hay que reconocerlo también- han contribuido a acentuar las exageraciones.

No tengo intención de hacer un inventario completo -sería excesivo- ni citar nombres, porque la buena fe y el deseo pastoral de los autores es evidente y las circunstancias atenuantes son reales.

Señalaré aquí una serie de afirmaciones cuya gratuidad y exageración deberían saltar a la vista. Se pueden encontrar en innumerables libros, folletos, cassettes, algunos de los cuales circulan «para uso privado» pero que sin embargo están a la venta pública.

El demonismo exagerado, que debo describir ahora, no afecta -gracias a Dios- del mismo modo a todos los países, pero se encuentran trazas demasiado repetidas para no retener nuestra atención.

1. EN AMBIENTE NO-CATÓLICOS

40 Señalemos aquí, en primer lugar, algunas citas exageradas típicas, escogidas de la literatura de fuera del catolicismo. La inflación es particularmente sensible en los autores que atribuyen a influencias demoníacas, sino todas, al menos gran parte, de las enfermedades físicas o psicológicas.

Demonios y enfermedades

Uno de los «maestros en demonología» enumera tranquilamente entre las enfermedades cuyo origen es a veces demoníaco: el insomnio, la epilepsia, las crisis, los calambres, la migraña, el asma, la sinusitis, los tumores, las úlceras, los infartos, la artritis, la parálisis, la sordera, la mudez, la ceguera.

Demonios y expulsiones

Aumenta la precisión hasta decir:

- que el demonio del miedo sale normalmente con una especie de sollozo histérico.
- el demonio de la mentira y del odio por un rugido ruidoso.
- el demonio de la nicotina por una tos o un hipo.

Demonios y especies

41 Nos dice también que entre los nombres confesados por los demonios, figuran el demonio del miedo, del odio, de la mentira, de la duda, de la envidia, de los celos, de la confusión, de la perversidad, de la esquizofrenia, de la muerte, del suicidio, del adulterio, de la burla, de la blasfemia, de la brujería.

Demonios y número

En una obra del mismo tipo, se encuentra una lista de 323 clases de demonios, y no se pretende que la lista sea exhaustiva. Se puede leer allí también que la esquizofrenia es el resultado de un complejo de 15 demonios (o más), acompañados de demonios inferiores. Se consagra un capítulo a los grupos de demonios, catalogados en una tabla resumen de tres páginas, divididas en 53 columnas.

Demonios y organización

En un manual de pastoral, muy leído y puesto en práctica, se lee que:

- el ejército de Satanás es una organización rígida, comparable al ejército de los Estados Unidos, con una jerarquía que va desde el comandante en jefe hasta los generales, coroneles, comandantes, capitanes, tenientes, etc.

- los demonios tienen campos de acción específicos, que les son asignados, por ejemplo, tal nación o tal ciudad.

Demonios y lucha espiritual

Hay que luchar y no contentarse con rezar, porque «Dios ha contestado ya a nuestra oración dándonos autoridad y poder sobre el Maligno». Nuestro deber es, añade, ejercer este poder: «Dejemos de implorar al cielo para obtener lo que ya hemos recibido y empecemos a usar los poderes (de liberación) que ya nos han sido concedidos».

Demonios y los niños

Este ministerio de liberación se debe ejercer también, se dice ahí, sobre los niños. Se le dedica todo un capítulo a esto. Como ya se ha mostrado que los malos espíritus son capaces de invadir un feto y los niños, es evidente, se dice, que hay que practicar la liberación también sobre ellos. Se pueden expulsar los demonios que han invadido a los niños del mismo modo que se ha dicho para las personas mayores. Habrá manifestaciones en el momento de su expulsión por la boca o la nariz, como en las demás liberaciones.

2. EN AMBIENTES CATÓLICOS

En la literatura de origen católico se pueden señalar a título de muestra, afirmaciones que dejan perplejo.

Malos espíritus reunidos

Se dice que los demonios se juntan por grupos y que entre ellos, los demonios dominadores pueden tomar la voz de un ser humano, cosa que ocurre una vez cada ocho o diez casos.

Se dice que si dos espíritus dominadores han elegido morada en la misma persona, los demonios luchan entre ellos para obtener el control total y que esta batalla es de tal tipo que engendra desequilibrios mentales. Si se oyen voces, será signo que la lucha ya ha empezado.

Se cita con elogio y como particularmente digno de atención, un autor que declara «que los espíritus obran de acuerdo común por grupos de ocho...».

Demonios bloqueados

Se dice que a veces los malos espíritus quedan bloqueados y encerrados juntos. El rechazo del perdón, por ejemplo, provocaría muchas veces este fenómeno.

Los espíritus más fuertes intentarían encerrar a los más débiles. Si se detecta, por ejemplo, un demonio «de venganza», encerrado por otro espíritu, si no se le puede alejar de frente, se le puede evitar muchas veces dando un rodeo.

Estrategia de los demonios inferiores

Se dice que hay que diagnosticar bien la naturaleza de los espíritus y discernir entre ellos los espíritus dominadores. Los espíritus inferiores se sacrificarán bajo el mando de los espíritus dominantes para camuflar a los otros.

Salida de demonios

Se dice que mientras antiguamente los demonios salían tosiendo, ahora es más bien bostezando. El exorcista que bosteza él mismo hace la salida más fácil.

Objetos y animales

Hay espejos, chucherías traídas de Oriente que atraen las influencias ocultas y que hay que alejar de casa.

Se habla igualmente de un gato que sufrió un cambio completo de personalidad por la invasión de malos espíritus en el animal.

Los malos espíritus que pueden atacar a los exorcistas

Se dice que hay un riesgo de contagio por el contacto físico de los exorcistas que ponen la mano sobre la persona que hay que liberar.

Se debe orar inmediatamente para liberar al exorcista tocado, en cuanto el equipo se dé cuenta.

Y más ejemplos todavía:

- Un predicador de moda anima a vomitar para ayudar a la expulsión de los demonios.
- Alguno recomienda reservarse un momento determinado cada día para la expulsión de los demonios, como parte integrante de toda vida espiritual.

Una persona eclesiástica, cuyos escritos multicopiados, traducidos a diferentes idiomas, circulan y siembran confusión, escribe:

«Al prever una posible victoria, es importante evaluar la fuerza de los malos espíritus.

Esto significa que se debe saber:

- Quiénes son.

- Con qué frecuencia realizan sus ataques.
- Luego, mirar su fuerza, si son sólidos, robustos, pesados.
- Y hasta tener en cuenta su talla.

He necesitado dos años para liberar a una niña de 16 años y expulsar de ella, finalmente, 25 demonios.

En el ministerio de liberación se aconseja identificar el enemigo por su nombre. Puede poner a la persona en convulsión, en trance, y torturarla de muchas formas; pero durante todo el tiempo que no está identificado, cree que las oraciones no van dirigidas contra él.

También es bueno hacerle las siguientes preguntas:

- 1) ¿Quién eres?
- 2) ¿Cuántos sois?
- 3) ¿Desde cuándo estáis en esta persona?
- 4) ¿Dónde estáis en ella?
- 5) ¿Qué enfermedad le habéis causado?

Hay que emplear con perseverancia la autoridad del Nombre de Jesús: 'Os ordeno, en Nombre de Jesús, que habléis y que digáis vuestros nombres'.

En algunos momentos, pueden sólo hacer mover la lengua y murmurar algunas palabras. Se debe continuar insistiendo para que el diablo hable distintamente.

Es aconsejable mirar tres veces intensamente a los ojos de la persona que hay que liberar, pedirle que mire tres veces intensamente los vuestros. Decirle que cierre los ojos la tercera vez y ordenarle que duerma. Luego, hablar a su alma, después de haberla signado con la señal de la cruz».

¿Para qué, se dirá, semejante inventario que no puede sino dañar a la Renovación, dar armas a los que la atacan y crear la impresión que estas exageraciones son corrientes en la Renovación católica en general?

Diré, en primer lugar, que, de hecho, numerosos grupos y comunidades, en todo el mundo, no estarían de acuerdo y, por lo tanto, están a salvo de estos errores.

Creo es un servicio que hay que hacer para asegurar la seguridad en carretera el llamar la atención sobre los precipicios que rodean la ruta.

Además, el contagio se mete por todas partes y más vale estar advertidos. Por último, la Renovación no puede sino ganar en credibilidad denunciando ella misma semejante demonología. De esta forma, dará mayor peso y valor a toda la riqueza espiritual que ofrece, comprendida la conciencia más viva de la presencia del Poder del mal y de la necesaria lucha espiritual.

PARA REFLEXIÓN E INTERCAMBIO

1. Compara las afirmaciones de este capítulo con la actitud reservada de la Iglesia (nn. 4, 5, 24, 25).
2. ¿Para qué señalar estas exageraciones? ¿No es dañar la credibilidad de la Renovación? Analiza la respuesta dada a la objeción (n. 41).
3. ¿Has encontrado otros ejemplos en la literatura difundida en los ambientes "carismáticos", o fuera?
4. ¿Cómo reaccionar concretamente contra las infiltraciones de una demonología extraña al pensamiento de la Iglesia que se expresa en el Magisterio vivo de hoy?

En una oración unánime con toda la Iglesia, pidamos al Señor que nos proteja del poder del mal y nos guíe en nuestra lucha espiritual:

"Oh Dios, que has renovado por las aguas del bautismo a los que creen en ti; concede tu ayuda a los que han renacido en Cristo, para que venzan las insidias del mal y permanezcan siempre fieles a los dones que de ti han recibido".

Oración del sábado de la 3ª Semana de Pascua.

CAPÍTULO IX

LA RENOVACIÓN Y LA PRÁCTICA DE LA «LIBERACIÓN» DE DEMONIOS

42 Hasta aquí nos hemos quedado en el plano doctrinal, entremos ahora en el desarrollo de este ministerio de «liberación», término más suave que en realidad designa un acto de exorcismo.

1. ¿QUÉ SE ENTIENDE POR EXORCISMO?

¿Qué significa el término y su contenido? El Diccionario de teología católico, en la palabra «exorcismo» da la definición siguiente:

«El exorcismo es, propiamente hablando, una abjuración al demonio para obligarle a evacuar un lugar, a abandonar una situación, a poner en libertad a una persona que mantiene más o menos en su poder. La abjuración se hace, sea bajo forma de orden intimada directamente al demonio, pero en nombre de Dios o de Jesucristo, sea bajo forma de invocación, de súplica dirigida a Dios y a Nuestro Señor, en vistas de obtener que den la orden de expulsión o que aseguren su ejecución».

Hay que notar que la definición dada engloba dos tipos diferentes de abjuración.

En el segundo tipo, se dirige directamente y únicamente a Dios, suplicándole que obre él mismo la liberación. Se trata en este caso de una súplica a Dios de una oración deprecativa.

En el primer tipo de abjuración, se trata de una interpelación dirigida directamente, en nombre del Señor, al demonio o demonios conminándoles a liberar a su víctima. Conminación directa, diálogo en que se intentará muchas veces arrancar el nombre del demonio, y su especie. Ocurre a veces que se le da a esta conminación el nombre de «oración imprecativa», para distinguirla de la otra, la «oración deprecativa», pero con todo rigor, un cristiano no dirige una oración más que a Dios, no al demonio.

Nuestra atención va a concertarse sobre el primer tipo de abjuración que pone algunos problemas delicados que se deben aclarar.

2. DESCRIPCIÓN DE LA PRÁCTICA DE LA «LIBERACIÓN»

43 Empecemos describiendo una sesión-tipo.

Lo hago a partir de recuerdos personales y de múltiples testimonios. Hay naturalmente variantes según las personas, los casos y los países. Pero la práctica es fundamentalmente, común y se presenta como sigue:

En primer lugar en cuanto a la persona «a liberar». Ella ha pedido esta «liberación», sea espontáneamente, sea después de una sugerencia. Se ve a veces un contagio que se produce súbitamente, debido a algún propagandista particularmente persuasivo.

He notado que se ofrece orar por la «liberación» en algunos ambientes, como si éste fuese un rito indispensable para vivir plenamente como cristiano. Noto también que estas «liberaciones» son bastante a menudo repetidas, y no terminadas una vez para siempre.

En tal grupo de oración o en tal comunidad carismática, se considera a veces que cada futuro miembro del grupo debe prestarse a una o varias sesiones de «liberación de malos espíritus», bajo nombres diversos. Se le convierte en una especie de rito de introducción obligado para el «bautismo en el Espíritu».

La persona a «liberar» puede situarse, sea en la categoría de los casos corrientes, sea en la de los casos agudos; en esta última hipótesis, se estará entonces frente a uno que se cree víctima de presiones incontrolables, exteriores a su voluntad, y que dan lugar a veces a fenómenos extraños en que se puede dar toda una serie de sugerencias inconscientes.

En los casos corrientes, no espectaculares, la persona se la presume atada por alguna influencia diabólica, por uno, o por diversos malos espíritus. Esta persona ha dejado entrar en ella, tal o cual mala tendencia -que se le pedirá que reconozca y denuncie que, poco a poco, le ha llevado a impulsiones percibidas como incontrolables, trátase de tendencia al alcoholismo, a la droga, a excesos sexuales, a la masturbación, a la cleptomanía, etc. La acción del grupo intentará entonces liberarla de los malos espíritus que la retienen en esclavitud, romper las ataduras que impiden su libertad.

Esta interpelación directa del demonio se hará, con gran compasión fraterna, en nombre del Señor, con gran espíritu de fe. Pero no se dirigirá solamente a Dios, se adjurará y conminará directamente a los malos espíritus a abandonar la presa.

44 Esto se realizará en diversas fases:

- Una primera fase preparatoria se consagra a la oración, generalmente en grupo, al discernimiento del caso, a la determinación del tiempo que hay que consagrarle, a lo que hay que hacer después, etc.

- Una segunda fase está constituida por la «oración de liberación» propiamente dicha. Esta comporta:

1. Una oración inicial de alabanza a Dios y de petición de protección en favor de los exorcistas que se exponen a los ataques del Maligno.
2. Una oración para «atar» los malos espíritus, para que pierdan su virulencia en las víctimas.

3. Una búsqueda, por interpelación y preguntas, de la identidad y del nombre de los demonios supuestamente allí en acción para mejor expulsarlos uno a uno, habiéndolos reconocido.

4. La renuncia de la persona «a liberar», a la que se la invita a rechazar ella misma, voluntariamente, el pecado o los pecados que están a la base de la acción demoníaca específica que, se cree, la ata y la estorba. Se manda entonces, al mal espíritu, identificado con anterioridad, bajo tal o cual nombre, que abandone la persona oprimida, sin molestar a nadie e ir donde el Señor quiera.

- Una tercera fase final comportará oraciones de agradecimiento y el establecimiento eventual de un plan de «convalecencia».

Sobre este fondo común, hay variantes de forma. Uno recomendará mirar fijamente a los ojos de las personas para impresionar al demonio o a los demonios que lo habitan, otro recomendará cerrar los ojos. Uno elevará la voz para mandar al demonio con más fuerza o autoridad, recurriendo, en ambientes católicos, al crucifijo, a la sal o al agua bendita. Otro utilizará más bien un tono de voz más retenido, porque no se actúa por poder propio, sino en nombre del Señor. Ocurre a veces que se anima fuertemente a la persona a vomitar para facilitar la expulsión de los demonios. Yo mismo he escuchado, en Florida, durante un congreso, el testimonio de una mujer que se decía «liberada» y que atestiguaba haber escupido quince demonios.

Estas sesiones pueden excepcionalmente escalonarse a lo largo de varias semanas o meses. En un congreso reciente, en Estados Unidos, una docena de sacerdotes realizaron adjuraciones de este tipo durante doce horas de un tirón, a lo largo de la noche, sin conclusión definitiva.

Doy estos detalles para ayudar a visualizar lo que ocurre en casos sin duda extremos, pero reveladores.

3. ¿QUE COMPRENDE, DE HECHO, EL TÉRMINO «LIBERACIÓN»?

45 Los que practican el «ministerio de liberación» se abstienen en general, de hacer exorcismos. Saben que los exorcismos, en sentido pleno, conciernen los casos de supuestas posesión diabólica y que estos exorcismos, que se llaman solemnes, están reservados al obispo. Evitan, por lo tanto, parecer que se mueven en terreno prohibido, y adoptan algún otro término más neutro. Hablan de sesiones de «liberación», de «oración de acogida», de «oración especial», de «compasión».

¿Por qué esta prudencia verbal? Ni la buena fe, ni la caridad están en discusión, pero hay diversos factores que intervienen para favorecer esta terminología «difuminada» y minimizante. La etiqueta más neutra, y válida para todo, puede ser adoptada:

- sea para no asustar a las personas que se quiere ayudar;

- sea para evitar atraer la atención de las autoridades eclesiales responsable que podrían inquietarse por esta proliferación y ver en ella exorcismos no autorizados, «de contrabando»;

- sea simplemente para evitar una curiosidad malsana o la afición extremada del público. De ahí también una ausencia de publicidad.

Sean los que sean los motivos que mueven a la discreción o al secreto, el hecho es éste: se están realizando muchas reuniones o sesiones de «liberación» a veces al margen de un congreso o de una noche de oración, a veces, lo hemos dicho, como fase preliminar impuesta, o fuertemente sugerida, a quien desea recibir el «bautismo en el Espíritu» o formar parte de una comunidad de vida.

Este fenómeno crea el riesgo de ver introducirse en la Iglesia una pastoral que podría fácilmente degenerar en tendencia al esoterismo. Lo que sería lo contrario de la Iglesia que no tiene dos enseñanzas, o dos comportamientos: uno para iniciados, otro para todo el mundo.

4. UNA FRONTERA MAL DEFINIDA

46 La práctica de la liberación de los demonios que se ejerce sin mandato, en forma de exorcismos directos, pone un problema fronterizo a esclarecer y clarificar. A primera vista, la línea de demarcación parece clara: los exorcismos son reservados exclusivamente al obispo o a su delegado, en caso de presunta posesión diabólica; los casos que no llegan a la posesión propiamente dicha son terreno de nadie, no reglamentado, por lo tanto accesible a todos.

Los casos de verdadera posesión, y por lo tanto reservados, son raros. Pero todo lo que no llega a la «posesión» propiamente dicha queda como un terreno de límites imprecisos en que reina la confusión y las ambigüedades.

La complejidad del mismo vocabulario no ayuda a simplificar las cosas: no hay una terminología común y uno se encuentra bajo las mismas etiquetas con contenidos distintos. Sin tener en cuenta que todo este terreno se presta mal a la delimitación verbal.

¿Qué es lo que define las posesiones demoníacas totales o parciales, y qué hay que entender por ellas? Se trata de una influencia que actúa desde dentro o desde fuera? Y cómo definir los términos que se usan: infestación, obsesión, opresión, tentación, etc.

Todo esto necesitaría que se aclarase, para impedir que uno se aventure en el «misterio de iniquidad» como francotirador, al margen de la Iglesia y más o menos a sus espaldas.

Proponemos en la tercera parte sugerencias prácticas en esta delicada materia.

PARA REFLEXIÓN E INTERCAMBIO

1. En la definición del exorcismo (n. 42) hay dos aspectos que se deben distinguir. Analiza atentamente este n. 42, que es la clave del Documento IV. ¿Por qué?
2. La oración de "liberación del Mal", que se dirige a Dios, es enseñada por Jesús mismo. Analiza el sentido de la petición final del Padrenuestro "líbranos del mal" (con y sin mayúscula).
3. ¿Por qué el secreto alrededor de la palabra "liberación" y de la práctica que encierra, presenta un peligro tan serio?
4. Muestra las ambigüedades de vocabulario y la imprecisión de la frontera mal definida entre la "posesión" y la influencia perversa que "no llega a la posesión" (n. 46).

Con la Iglesia pidamos al Padre la verdadera libertad de los hijos de Dios:

"Señor Dios que para librar al hombre de la antigua esclavitud del pecado enviaste a tu Hijo a este mundo; concede a los que esperamos con devoción su venida, la gracia de tu perdón soberano y el premio de la libertad verdadera",

Oración del sábado de la 1ª Semana de Adviento.

CAPÍTULO X

LA RENOVACIÓN Y LA EXPULSIÓN DE DEMONIOS: OBSERVACIONES TEOLÓGICAS

47 Si es cierto que la Iglesia Católica afirma claramente la existencia y la influencia del Poder del Mal, es, por el contrario, muy reservada en cuanto a la demonología sistemática. Si hay un terreno en el que hay que poner en práctica el consejo del Apóstol y ser sobrios, es precisamente éste. No se puede hablar del demonio más que “en oblicuo”, de forma indirecta. Su fuerza se encuentra en el mismo camuflarse: es por naturaleza ilusionista y Padre de la mentira. Es oscuro por definición y exigencia interna. Nadie lo ha visto a rostro descubierto; el Maligno es un ser espiritual, fuera de nuestro alcance, conocido sólo como tal por la Revelación. Su acción es siempre delicada, piensen lo que piensen algunos que se aventuran en este campo sembrado de minas con una temeridad desconcertante.

Nadie ha visto el viento cara a cara: se «reconoce» su acción en las hojas que se agitan en los árboles o en el polvo que levanta a su paso. El Maligno no nos revela su identidad verdadera, su estrategia, su comportamiento. Y además, hay que evitar toda exageración que engendra de por sí una psicosis obsesiva. Esta es la negación misma de nuestra religión cristiana que es Buena Nueva y gracia de salvación en la victoria de Cristo.

Este campo depende en última instancia del Magisterio de la Iglesia que es el único que ha recibido del Maestro el carisma del discernimiento final. Rechazar esta autoridad apelando a la experiencia personal sería incompatible con la fe católica. Este punto es importante.

Cuando uno expresa sus reservas sobre la manera cómo se practica la expulsión de demonios, topa normalmente por parte de aquellos que la ejercen, con la objeción que sacan de su experiencia: han «constatado» expulsiones, dicen, y no pueden dudar de los frutos espirituales indiscutibles que se han producido.

1. ¿ES LA EXPERIENCIA EL CRITERIO ÚLTIMO DE VERDAD?

48 El argumento sacado de la experiencia debe ser examinado de cerca. ¿Qué puede atestiguar legítimamente la experiencia, y cuáles son sus límites? Se apela a curaciones obtenidas después de un exorcismo, pero hay que distinguir dos aspectos que no se incluyen necesariamente o aun de ningún modo: el aspecto de «curación», y el aspecto «expulsión de demonios».

Una primera pregunta será, por lo tanto: ¿qué pensar de estas curaciones, a veces hasta espectaculares? ¿Hay que rechazarlas?

Por mi parte, no encuentro razones válidas, en algunos casos, para dudar de ellas, en la medida en que se puede juzgar en esta materia siempre delicada. Jesús dijo que «donde hubiese dos o tres reunidos en su nombre, allí estaría él en medio de ellos»

(Mt 18, 20). Es con toda seguridad en su nombre, e invocándole explícitamente, que ese grupo se ha reunido, en vista de un ministerio de compasión fraterna. Y Dios ha prometido a los suyos que se realizarían curaciones en su nombre.

Pero, ¿puedo ir más allá y concluir del hecho de la curación que ésta se ha debido a la expulsión de uno o varios demonios interpelados? Todo el problema está aquí: si ha habido curación, procede de Dios, ciertamente, pero ¿ha habido «curación por expulsión de demonios»?

¿Qué se constata experimentalmente?

Se constata, en primer lugar, el estado inicial en que se encuentra la víctima de estos impulsos y de las anormalidades que sufre. Se constata luego que se ha realizado un ritual determinado, más o menos parecido por todas partes. Se constata por último un estado final: la alegría de la víctima que experimenta un sentimiento de liberación y de paz.

Pero -y ésta es la esencia del problema- con qué derecho se puede concluir que el paso del estado inicial A al estado final B se debe a la expulsión de uno o de varios demonios que habrían tenido cautiva a esta persona?

La conclusión supera claramente las premisas; el rigor del razonamiento lógico no permite concluir, de una concomitancia constatada entre oración y curación, al nexo de causalidad que ha determinado ésta última. El «cum hoc, ergo propter hoc» (con esto, por lo tanto por esto) es el ejemplo típico de inducción engañosa.

49 Si se insiste evocando los frutos de paz y de alegría interior que se han producido, me veo obligado a decir que también en esto se impone la prudencia. ¿Se puede argumentar, sin más, aduciendo los efectos benéficos para atribuirlos a la expulsión de uno o varios demonios?

Solamente en el plano natural ya, una sesión de compartir entre una persona oprimida y un grupo que la acoge, puede ser por sí misma liberadora de angustias, y por lo tanto fructuosa y benéfica. Ser escuchado con simpatía es ya un paso hacia la curación. Abstracción hecha de la gracia, hay una virtud inherente al compartir cuando éste se hace en las condiciones requeridas.

Frutos semejantes de paz interior recuperada se constatan en los grupos de compartir de todas clases que, bajo nombres diversos, ayudan a la liberación de los participantes, sin que se hable de expulsiones diabólicas.

No se niegan, por lo tanto, los frutos de paz y de alegría alcanzados, pero de ahí a concluir que se trata de una liberación de demonios, hay aún un gran paso. Sería simplista concluir -como lo hemos escuchado más de una vez- a partir de una constatación pragmática: «it works», «esto funciona», que el demonio ha dejado su presa.

El proverbio: al árbol se le juzga por sus frutos, vale en la medida en que se examinan todos los frutos del árbol y que se establece un nexo entre el fruto y la rama. Sería necesario, para esto, poder excluir, por otra parte, todo lo que haya podido contribuir a este resultado feliz, como la oración, la compasión fraterna, la caridad sincera de los «exorcistas».

Estas reflexiones no tienen otra finalidad que la de invitar a no sacar conclusiones prematuras que superan la estricta lógica.

2. LA IGLESIA, ÚNICA INTÉRPRETE AUTORIZADA

50 Como escribo principalmente para fieles de la Iglesia Católica, debo profundizar más relacionando el discernimiento requerido a la función misma de la Iglesia docente en su ministerio propiamente doctrinal y de interpretación de todo lo que se refiere al campo de la Revelación. Estamos aquí a nivel de la fe, y es sobre la fe de la Iglesia que debo ajustar la mía.

«Señor», decimos en cada liturgia eucarística, «no mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia». Un cristiano o un grupo de cristianos no puede nunca actuar en solitario, separado de la comunidad eclesial total, no unidos al Obispo que la preside. Debemos preguntar a la fe de la Iglesia, tal como se vive y se expresa a través del Magisterio vivo, y confiarnos filialmente en su sabiduría materna. Es ella que debe guiarnos en un campo que escapa a la percepción que podemos tener por nuestra sola razón.

Lo que pasa en el mundo de las tinieblas, la existencia misma y la acción de los malos espíritus -igual que la existencia y la función luminosa de los ángeles- escapa a nuestra competencia natural y depende de la Revelación de Dios. Y ésta ha sido confiada, por un acto de voluntad positivo del Señor, a sus apóstoles y a sus sucesores, establecidos en el Espíritu Santo como intérpretes y garantes, en última instancia, de la Palabra de Dios iluminada por la Tradición viva de la Iglesia.

Se debería volver a leer aquí todo lo que se ha dicho en el capítulo II sobre la Iglesia, intérprete de la Palabra de Dios. Todo esto es doctrina clásica y unánime de la Iglesia Católica. Puesto que creemos en el Espíritu Santo que está obrando en la Iglesia constituida, aceptemos reconocer que en materia de expulsión de demonios no estamos capacitados para pronunciarnos en última instancia, y que la experiencia misma debe ser esclarecida a la luz de la fe.

PARA REFLEXIÓN E INTERCAMBIO

1. ¿Por qué "la experiencia" no es el criterio último que permite concluir sobre la realidad de una expulsión demoníaca? (n. 48).
2. ¿No se puede aplicar aquí el proverbio: "un árbol se juzga por sus frutos"? Discutir el sentido y los límites de esta frase de la Escritura (n. 49).

3. ¿Por qué la Iglesia jerárquica es en este campo la única capacitada para el discernimiento final? (n. SO).

4. Señala los efectos "liberadores" de todo compartir, en psicología humana, independientemente de toda expulsión de demonios (n. 49).

Pidamos al Señor nuestra transformación cristiana radical:

"Dios todopoderoso, el sacramento que acabamos de recibir sea medicina para nuestra debilidad, sane las enfermedades de nuestro espíritu y nos asegure tu constante protección".

Postcomunión del miércoles de la 5ª Semana de Cuaresma.

CAPÍTULO XI

LA RENOVACIÓN Y LA EXPULSIÓN DE DEMONIOS: OBSERVACIONES PSICOLÓGICAS

Sigamos el análisis de estas sesiones desde un punto de vista no ya teológico, sino psicológico. A este nivel también, hay que avanzar con una prudencia extrema, porque se toca la intimidad profunda de la persona «a liberar».

Notemos dos puntos, particularmente neurálgicos:

- el primero es previo, y se refiere a la dificultad del diagnóstico;
- el segundo concierne a los peligros psicológicos a los que se expone, tanto el «exorcizado» como el «exorcista».

1. DIFICULTADES DEL DIAGNÓSTICO

51 La primera dificultad: establecer un diagnóstico válido.

¿Cómo saber con certeza que se trata de una influencia diabólica? Nadie tiene la evidencia directa: siendo como son seres espirituales, tal como hemos dicho, los demonios escapan a nuestras categorías y a la observación empírica.

No se puede tratar, por lo tanto, más que de conjeturas. No hemos de describir ahora las diversas manifestaciones externas que han sido interpretadas a lo largo de los siglos y según las diversas culturas como manifestaciones de una presencia diabólica...

La patología mental conoce toda una gama de delirios, comprendida la zoopatía, es decir, la creencia en la presencia de un animal en las vísceras.

El carácter tan especial de estas enfermedades impulsaría a creer que estas aberraciones son de origen diabólico y requieren como remedio el exorcismo de liberación.

Nadie intentará sugerir el exorcismo cuando se trata de cáncer o de leucemia, porque la imaginación no queda afectada por los síntomas. El carácter extraño de las manifestaciones de enfermedades nerviosas no debería hacer concluir, sin más, a influencias demoníacas.

Pero hoy no se pueden olvidar los datos de la ciencia, si no se quiere caer en la ingenuidad y en la credulidad.

Más de una vez, he constatado en ciertos ambientes, inclinados a la liberación abusiva, una ignorancia admirable a este respecto.

Es importante conservar una credibilidad intacta, si no se quiere recibir un rechazo global.

El Padre Tonquedec, S. J., teólogo conocido y exorcista durante muchos años de la diócesis de París, escribió en su tiempo un libro: «Las enfermedades nerviosas o mentales y las manifestaciones diabólicas». Conserva toda su actualidad sobre el punto que nos concierne, y puede servir útilmente para advertir a todo el que tuviese tendencia a descubrir inmediatamente una acción diabólica en un comportamiento extraño, para dudar prudentemente de su diagnóstico.

52 Olvidar los datos de la ciencia sería desconocer la estrecha relación entre la gracia y la naturaleza. Santo Tomás ha señalado frecuentemente esta relación diciendo que la gracia no destruye la naturaleza, sino que la completa y la perfecciona. Contraria mente a las tendencias nacidas de la Reforma, la Iglesia no considera la naturaleza como intrínsecamente viciada o herida.

Señala una serie de trazos que son comunes a la neurosis -sobre todo a la psicastenia, a la histeria y a ciertas formas de epilepsia- y a la verdadera posesión.

El desdoblamiento, al menos parcial, de la personalidad, con manifestaciones impropias, en desacuerdo con el carácter del sujeto; una conducta, por más perversa que sea; costumbres salvajes y groseras, proceden de la enfermedad y no tienen, como tales, ninguna significación diabólica.

En el histérico, que se comporta como si fuese un agente de Satanás, aparecerá el horror por las cosas religiosas, el gusto por el mal, las palabras groseras, las actitudes desvergonzadas, las agitaciones violentas, etc. (13)

En estos casos, el carisma sobrenatural de discernimiento, que es un don de Dios, no puede olvidar la inteligencia humana crítica que es, también ella, como toda la creación, un don de Dios: los dones de Dios son complementarios.

No se puede, pues, apelar al criterio del discernimiento como carisma para dispensarse de tener en cuenta estos datos humanos y apelar directamente al Espíritu Santo, sin pasar por el discernimiento de la Iglesia. En general, el discernimiento que se buscará, será el de un grupo y no el de un individuo solo. Pero esto no basta.

Se puede comprender que cristianos no católicos consideren el discernimiento colectivo como criterio final. Pero nuestra fe va más allá y nos hace reconocer el misterio de la Iglesia, tal como el Maestro lo ha instituido.

Cristo ha querido una Iglesia apostólica y ésta se continúa, a través de los siglos, por la sucesión de los obispos. Es a éstos y a los sacerdotes en comunión con ellos y, en este caso, mandados por ellos, que corresponde el juicio final, después que han sido debidamente iluminados por los fieles con toda confianza y apertura.

La palabra «discernimiento» es también una de estas palabras con trampa que la teología debe aclarar, si no se quiere caer en equívocos graves.

Puede estar intentando buscar un medio rápido, que le dispense de una trabajosa ascesis, un medio rápido extrínseco a él.

Hay que tener en cuenta también el fenómeno de contagio colectivo, que puede ocurrir. De diversas partes del mundo, he recibido testimonios que muestran que de forma brusca se producen afluencias de peticiones de este tipo y que un «exorcista» de moda atrae multitudes...

2. PELIGROS PSICOLÓGICOS DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA PERSONA «A LIBERAR»

53 Aún suponiendo que la «liberación» sea realizada por un grupo, con sabiduría y discernimiento, no se pueden olvidar los efectos psicológicos en la persona «a liberar». Normalmente ésta se ha persuadido, o se la ha persuadido, de que sus turbaciones son debidas a influencias del Maligno.

De ahí el peligro para ella de complejos de diversas clases. En primer lugar el riesgo de una especie de trauma con respecto a su propia imagen; se considerará como encadenada por lazos insuperables y víctima de influencias nocivas que escapan - completamente o en parte- a su responsabilidad y a su libertad.

Es un peligro real el creerse, en estos casos, más o menos irresponsable. Entonces, la colaboración personal a la curación puede quedar muy disminuida.

Es siempre grave poner a alguien en complejo de inferioridad con respecto a sí mismo y disminuir, a sus propios ojos, sus capacidades de acción y de reacción.

Se debería también analizar de cerca los motivos que impulsan a un «paciente» a pedir la liberación.

3. PELIGROS DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LOS RESPONSABLES DE LA LIBERACIÓN

54 A mi modo de ver, el peligro más serio está en el dominio que los responsables de la liberación adquieren sobre la persona que se presta al exorcismo.

Se le ha pedido -a veces a lo largo de muchos encuentros- manifestar sus turbaciones interiores más secretas. Se le han hecho preguntas que intentan poner al desnudo su pasado, sus traumas, sus remordimientos, sus angustias, sus miedos, sus odios... Se ha intentado identificar el o los demonios que se han considerado a la base de todo esto y se les nombra, uno a uno, para expulsarlos.

Normalmente, la persona que se presta a esto experimenta un vivo reconocimiento por sus «liberadores» y está dispuesta a seguir casi ciegamente sus consejos y sus sugerencias para el futuro.

El peligro de manipulación, involuntaria sin duda, de la conciencia ajena, está lejos de ser imaginario. La Iglesia ha cuidado siempre, por su parte, el asegurar el secreto y la

libertad de las conciencias en las reglas que aprueba para las comunidades religiosas. Esta sabiduría secular nos recuerda que hay barreras que no se deben atravesar y que la responsabilidad personal debe permanecer inalienable.

PARA REFLEXIÓN E INTERCAMBIO

1. ¿Cuál es la función de las ciencias humanas, especialmente médicas, en esta materia? (n. 51).
2. ¿Qué significa en este caso el dicho teológico "la gracia no destruye la naturaleza"? (n. 51).
3. El ministerio de "liberación" comporta por sí mismo el peligro de violar la libertad de conciencia, y de ejercer un dominio indebido sobre la persona. Analiza estos peligros.
4. ¿Por qué el ministerio llamado de "liberación" es de hecho, en muchos casos, un verdadero ejercicio de exorcismo?

En el campo de lo invisible, no tenemos más que una certeza, la de la presencia del Señor en lo más profundo de nuestra lucha espiritual. Unamos nuestra oración a la de la Iglesia:

"Dios todopoderoso a quien nadie ha visto nunca: tú que has disipado las tinieblas del mundo con la venida de Cristo, la Luz verdadera, míranos complacido, para que podamos cantar dignamente la gloria del nacimiento de tu Hijo".

Oración del 5: día dentro de la Octava de Navidad.

TERCERA PARTE

La Renovación en el corazón de la Iglesia

CAPÍTULO XII

LAS ARMONIZACIONES NECESARIAS

55 Ha llegado el momento de integrar la segunda parte de nuestra exposición en la primera, es decir, unir profundamente la Renovación y el Misterio de la Iglesia, y mostrar las necesarias articulaciones. Hay que evitar todo dualismo entre una Iglesia que sería carismática y otra que sería institucional. Recientemente, en una conferencia cuaresmal en Notre-Dame de París, el cardenal Etchegaray dijo:

«La Iglesia es un misterio al que no se le da la vuelta paseando; hay que entrar y sumergirse plenamente en él».

De esto se tratará en esta tercera parte.

1. DOS DIMENSIONES: UNA MISMA IGLESIA

No se puede oponer jerarquía y carisma, como no se puede oponer la obra del Hijo encarnado y la del Espíritu que la actualiza y la continúa. La Iglesia es una realidad una: su dimensión institucional visible y sacramental forma una unidad con su dimensión invisible en que se sitúan los diversos carismas del Espíritu.

Con razón ha escrito el P. Rahner, S. J., haciendo eco en esto a la Tradición: «El elemento carismático pertenece a la esencia de la Iglesia de una forma tan necesaria y permanente como el ministerio jerárquico y los sacramentos».

La realidad carismática forma cuerpo con la Iglesia, en su estructura misma; no es una especie de adición posterior, como si la Iglesia institucional tuviese necesidad, después de todo, «de un suplemento de alma» y de dinamismo propulsor.

El Espíritu Santo hay que descubrirlo ya en el corazón mismo de los ministerios ordenados de la Iglesia.

Cuando me ordenaron diácono, el obispo consagrante me dijo: «Recibe el Espíritu Santo para que sea tu fuerza y te ayude a resistir al Demonio y a sus tentaciones». ¡Extraña fórmula para nuestros oídos de hoy! Y, sin embargo... Cuando fui ordenado sacerdote, el obispo me dijo: «Recibe el Espíritu Santo, a quien le perdones los pecados les serán perdonados».

Y, por último, el día de mi consagración episcopal, el obispo consagrante me dijo, sin ninguna glosa: «Recibe el Espíritu Santo».

Nosotros, diáconos, sacerdotes, obispos, somos, por lo tanto, los herederos de una misma promesa de Jesús, somos juntos, pero cada uno en complementariedad y según su propia especificidad, los Ungidos del Espíritu.

La diferencia con aquellos que reciben y ejercen carismas, en la espontaneidad del Espíritu, está en el carácter no permanente de éstos. Los carismas ministeriales que estructuran la Iglesia existen para que la Iglesia entera pueda desarrollarse en el Espíritu. Sin duda, a nivel humano son posibles las tensiones entre estos dos aspectos de una misma Iglesia, porque se encarnan en hombres, y todos llevamos nuestros tesoros en vasos frágiles. Pero, se daría un gran paso, en el proceso de Renovación de la Iglesia, si todos fuésemos conscientes de nuestra complementariedad necesaria y vital.

Sería impensable entonces que un ministerio pastoral de «liberación», igual que la enseñanza sobre el demonio, pudiese establecerse al margen de la Iglesia jerárquica, y desarrollarse en una vía paralela.

Ningún fiel discutirá este principio, pero se trata de darle cuerpo. Lo que supone apertura y confianza por parte de los responsables de la Renovación, acogida y escucha por parte de las autoridades eclesiales que tienen la misión de velar por esta integración.

2. NECESIDADES PASTORALES ACTUALES

56 Un gran problema pastoral nos acucia a causa de la Renovación que hay que guiar, pero también a causa del excesivo interés que suscita entre nuestros contemporáneos todo lo que se relaciona de lejos o de cerca con este sector: satanismo, ocultismo, videncia, magia, espiritismo, parapsicología...

Se trata de trazar un camino a igual distancia de un demonismo hipertrofiado y de un racionalismo que aparta los problemas con desdén y suficiencia.

He aquí, pues, a mi modo de ver, algunos puntos que deberían retener nuestra común atención.

a) Necesidad de una enseñanza doctrinal íntegra

La Iglesia docente, a los diversos niveles, debe -como hizo Pablo VI- recordar a los cristianos de hoy, con toda claridad y nitidez, que la existencia del Demonio y de su influencia nociva y multiforme no es un mito y que no tenemos el derecho de adaptar el Evangelio al gusto del día mutilándolo.

Esto implica también que el pueblo cristiano sea iluminado sobre la lucha espiritual que ha de sostener, en nosotros mismos y a nuestro alrededor, contra las fuerzas del mal. Para luchar contra el enemigo, hay que buscar al menos sus plazas fuertes y sus campos de batalla preferidos.

Es necesario también que nuestra enseñanza no quede muda con respecto a todo lo que toca a la acción concreta del Espíritu Santo, en particular a los carismas. El Vaticano II ha recordado útil y proféticamente no pertenecen a sólo a la Iglesia primitiva, sino que son, hoy como ayer, parte integrante de nuestra herencia cristiana. Y entre estos carismas, el que da origen al ministerio de la curación –sobre todo interior- necesita un delicado e indispensable discernimiento doctrinal y pastoral. Y, naturalmente, el “ministerio de liberación” encontrará aquí la luz necesaria.

b) Necesidad de una revisión de los criterios del Ritual Romano.

57 Un segundo deber, más limitado, pero muy urgente también, nos obliga a no dejar abandonado, pastoralmente, el campo de las prácticas de liberación tal como se desarrollan ante nuestros ojos. Es indispensable por el bien de la Iglesia, como por la credibilidad de la Renovación, a través del mundo que se tracen vías, que una señalización luminosa garantice la seguridad. No son los usuarios de la carretera quienes establecen el código o dan los permisos de conducir o imponen los cinturones de seguridad. Este servicio lo debemos hacer nosotros, obispos, responsables de la Iglesia.

En esta perspectiva, se deberían revisar los criterios del Ritual Romano –cuyo origen se remonta al 1614- al menos en lo que concierne a los que permiten reconocer aun caso de posesión diabólica. Estos criterios son insuficientes hoy y deben ser matizados y confrontados con los fenómenos parapsíquicos naturales –como por ejemplo, la telepatía-, que no tienen nada de diabólico y que pueden explicar hechos asombrosos. (11)

Nadie puede ignorar lo que la ciencia nos ha enseñado referente a la psicología, parapsicología y fenómenos extrasensoriales. La exploración del terreno del inconsciente, así como el progreso de la medicina, han descubierto aspectos, ayer todavía desconocidos, del comportamiento humano. Y se puede prever que en el futuro otros descubrimientos harán progresar la ciencia del hombre y el dominio de sus comportamientos.

La línea de demarcación entre el terreno del natural y el terreno del preternatural retrocede cada vez más. Lo que no quiere decir que desaparecerá, pero que se situará de otro modo y en otro lugar.

Ante estos fenómenos extraños, se puede adoptar tres actitudes:

La primera consiste en reducir todo a fenómenos de orden psíquico, para-psíquico o socio-culturales y excluir toda otra explicación. Es la postura clásica actual del mundo científico, y desgraciadamente muchos cristianos la suscriben hoy.

La segunda consiste en considerar estos fenómenos como manifestaciones evidentes de la acción diabólica, a partir de algunos síntomas, que se creen pueden discernirse por una especie de evidencia inmediata o de revelación interior.

Pero hay una tercera actitud posible, que consiste en reconocer en estos “posesos” casos de orden psíquico o psicopatológico, parapsíquico o psicopatológico, aceptando al mismo tiempo la hipótesis que, ahí también, pueda haber influencias malas de orden espiritual, de forma conjunta o separada, e interferir con los comportamientos mórbidos.

El hecho que un fenómeno pueda ser explicado por nuestras categorías científicas no debe excluir la posibilidad de una interpretación de otro orden, a otro nivel.

Al hombre de ciencia hay que recordarle -si es cristiano- que hay realidades y dimensiones que escapan a su verificación experimental y que, por otra parte, la objetividad científica no permite pronunciarse de forma exclusiva en la interpretación de los fenómenos.

Al cristiano que no está al corriente de todos los datos y de los progresos de la ciencia, hay que decirle que el espíritu crítico es también un don de Dios, y que el candor ingenuo no es una virtud que hay que identificar con la fe.

Sólo una revisión del Ritual Romano podría hacernos evitar todo juicio de juicio prematuro basado sobre criterios hoy en día inadecuados. Esto es todavía más urgente dado que algunos de los que practican la «liberación» se apoyan en estos criterios para multiplicar indebidamente los casos que a su modo de ver necesitan su intervención caritativa. Hay que quitarles este argumento que, aparentemente, pone a la ortodoxia de su parte, y que les lleva a considerar como heterodoxo y naturalista a cualquiera que predica moderación y reserva.

c) Necesidad de una nueva pastoral en materia de exorcismo

58 Una tercera urgencia se presenta: determinar una nueva pastoral en materia de exorcismo, sea cual sea la etiqueta empleada para designarlo. En cuanto se trata de interpelación directa del o de los demonios, de conminación o de adjuración en vista a expulsarlos, es preciso que la Iglesia trace reglas adecuadas que se deban respetar. El código ha reservado al obispo los casos de posesión, pero todo lo que no llega a ella ha quedado vago y flotante. Hay, además, como ya hemos dicho, una falta completa de unidad en el vocabulario.

Para hacer algo útil, se debería entre otras cosas fijar la terminología y establecer con nitidez la distinción entre la oración de liberación y el exorcismo de liberación por interpelación directa del demonio.

La oración de liberación se dirige a Dios como toda oración. El final del Padrenuestro «líbranos del Mal» es la oración de liberación por excelencia. Es accesible a todos y forma parte de nuestra herencia espiritual. Se debería valorizar la última petición del Padrenuestro dándole todas sus dimensiones y su realismo.

Por el contrario, el exorcismo de liberación pone un problema pastoral grave. La Iglesia ha legislado en lo que concierne a los casos de posesión diabólica reservándolos al discernimiento exclusivo del obispo.

Pero, hasta ahora, no ha trazado la línea de demarcación entre las formas de exorcismo para casos que no llegan a la posesión.

Sé que en diversos países los obispos o los episcopados se han preocupado de este tema; algunos han pedido una moratoria hasta la fijación de la línea de conducta. Se comprende que, sobre un fondo común de orientaciones, pueda haber variantes debidas a un contexto sociológico diferente. Será el caso donde el problema se complique a causa de las creencias populares animistas, o a causa de la función que desarrollan, en estos pueblos, los espíritus de los muertos, la brujería, etc.

Es sabido que el nuevo Ritual del Bautismo prevé una forma diferente de renuncia para los catecúmenos que proceden del paganismo (Instrucción 65, párrafo 2).

De forma inmediata, dada la urgencia de preservar a los cristianos de la inflación en este punto, me parece que las autoridades responsables de la Iglesia, a nivel local o universal, deberían indicar claramente los límites que no se deben pasar en la práctica de la liberación.

d) La reserva episcopal con respecto a sacerdotes y laicos

59 Me parece de capital importancia en este tema que sea reservada al obispo o a su delegado toda forma de exorcismo que intenta identificar al o a los demonios, entrar en diálogo con ellos por medio de la interpelación directa, de la adjuración, de la conminación en vistas a proceder a la expulsión.

Esta forma de exorcismo que está a la base de la práctica descrita anteriormente debería estar reservada, me parece, al discernimiento del obispo y no realizarse nunca sin su consentimiento.

Esta reserva está en la línea de la tradición, aún en lo que se refiere a los sacerdotes.

Cuando un futuro sacerdote era ordenado como «exorcista» -en la época en que el exorcistado era una orden menor-, se decía que recibía el poder de exorcizar, pero que el ejercicio de este poder quedaba reservado.

Subrayo también que, si el exorcistado ha desaparecido como orden menor, nada impide que una conferencia episcopal pida a Roma el restaurarla. No sé si esto sería conveniente, pero es una posibilidad a estudiar. Si se concluyese en este sentido podrían ser candidatos laicos cualificados.

Sea lo que sea sobre este punto, me parece muy importante que el obispo, debidamente informado, asuma la responsabilidad final y confíe a sacerdotes escogidos y a laicos competentes, este tipo de trabajo pastoral.

Tal responsabilidad ha sido ya tomada, en diversos lugares del mundo, por los obispos. Así, por ejemplo, el cardenal Benelli, arzobispo de Florencia que, vista la generalización y los abusos graves, sin ninguna conexión con la Renovación, retiró públicamente en

1978, los poderes de exorcistas a todos los sacerdotes que los ejercían bajo distintas formas, para reservarlos únicamente a dos sacerdotes señalados para este fin.

Propongo reservar al obispo, no sólo los casos de posesión diabólica, según el derecho antiguo, sino toda la zona en que se cree sospechar una influencia específica demoníaca. Ampliando así el terreno reservado, no pretendo de ningún modo poner en discusión el lugar y la función del laico en la Iglesia. Es normal que se haga una distinción entre un poder inherente a todo cristiano y el ejercicio de este mismo poder que dependerá de los responsables de la Iglesia.

No se trata, en este caso, de un problema teológico sobre la función del laicado, sino de una búsqueda de una solución prudente en función de las situaciones creadas.

Todo cristiano tiene el poder de bautizar, pero la Iglesia reserva el ejercicio de este poder a casos de extrema necesidad, y pide luego que si este caso se produce, se indique para que haya buen orden.

Todo cristiano que se arrepiente de sus faltas ante Dios y se vuelve hacia él en un acto de contrición perfecta, obtiene el perdón, pero la referencia al sacerdote permanece, y deberá confesar su falta, en virtud de la misión específica del sacerdote.

Toda pareja de bautizados que se casan, se confieren mutuamente por su consentimiento recíproco el sacramento del matrimonio: la Iglesia, sin embargo, siempre por razones pastorales, establece las reglas no sólo de licitud, sino también de validez. El sacerdote con su presencia asegura la inserción del matrimonio cristiano en el misterio de la Iglesia.

Evoco estos ejemplos para ilustrar la aplicación que sugiero en el caso del «exorcismo». Todo bautizado tiene el poder radical, en virtud de la promesa y de la presencia en él del Señor, pero es normal y saludable que el ejercicio de este poder esté reglamentado por los pastores de la Iglesia según las necesidades y exigencias de una pastoral adecuada.

No hay en esto ningún clericalismo, sino simple respeto de un orden establecido por el Señor mismo, cuando instituyó el papel y la función de los pastores de la Iglesia.

e) Recurso al discernimiento episcopal

60 Sería injusto acusar a la Renovación de intrusión en un campo «reservado», puesto que se acepta en principio el no aventurarse en los exorcismos solemnes, pero la línea misma de demarcación es problemática: lo hemos dicho ya.

Es urgente que se trace esta línea: sólo la autoridad de la Iglesia puede hacerlo para sus fieles que tienen necesidad de su discernimiento, de sus directrices, de sus cláusulas de defensa. Los responsables de la Renovación tienen necesidad también de saber que subrayando la realidad de las Fuerzas del Mal, están siguiendo la Tradición de la Iglesia.

Pero la falta de contacto o de confianza ha hecho que ciertas prácticas de la liberación se hayan introducido en muchos lugares, sin beneficiarse de las directrices y de las garantías eclesiales necesarias.

El carácter secreto o extremadamente discreto de estas prácticas, dejando de lado las intenciones loables, ha creado una atmósfera que no es sana y que no debería prolongarse.

Hay que superar el miedo de que el obispo las prohíba sin examen previo o diálogo suficiente, e invitarle a verificar o a hacer verificar lo que pasa en estas sesiones de liberación.

Sé que a nivel de personas y de situaciones concretas, el diálogo con la autoridad puede ser a veces difícil, de una parte y de otra, pero no hay otra salida que la acogida, en espíritu de fe, del misterio de la Iglesia fundada sobre los apóstoles y sus sucesores. Yo mismo he asistido como observador benévolo y atento, a sesiones de este tipo, para poder hacerme una idea. Me ha emocionado la compasión que manifestaban los «exorcistas» y su evidente amor por la persona «a liberar», pero me he sentido muy incómodo ante los peligros, a los que no escapaban y que he señalado en los capítulos 10 y 11.

La Iglesia es, para el creyente, la única intérprete autorizada, en última instancia, para discernir las vías y las intervenciones del Espíritu. Cuando Pablo encuentra a Jesús en el camino de Damasco en una visión cegadora, el Señor no le da instrucciones directas. Pero le dice: «Levántate, entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer». Era la misión de Ananías.

Hoy en día, para todo fiel, sea cual sea su visión o revelación personal, Ananías se llama el obispo de cada iglesia particular, en relación y comunión con el obispo de Roma, guardián supremo de la unidad. Se ha podido definir al obispo como «aquel que tiene el carisma de discernir los carismas». Esto supone evidentemente que esté debidamente informado y que tenga a su alcance los elementos del discernimiento, pero su función es vital, a no ser que se quiera ver la Renovación degenerar en secta y el iluminismo dictar la ley. (15)

Por último, señalemos aún, un punto concreto. Ocurre a veces que para justificar la práctica del exorcismo directo, se reclama al exorcismo llamado del Papa León XIII, autorizado, según el texto divulgado, para los laicos y para los sacerdotes.

Queriendo conocer el pensamiento oficial de la Iglesia con respecto a este exorcismo de León XIII, he preguntado a la Congregación para la doctrina de la Fe, qué interpretación se debía dar. El cardenal Seper, poco antes de su muerte, me contestó, con fecha del 18 de noviembre de 1981, que el exorcismo del Papa León XIII fue incorporado al Ritual Romano en 1925, con la siguiente instrucción: «Este exorcismo puede ser recitado por los obispos y los sacerdotes autorizados por sus obispos».

Añadió que en 1944, el obispo de Cittá della Pieve preguntó al Santo Oficio si los fieles podían recitar el exorcismo antedicho, publicado bajo el Pontificado de León XIII. A lo

que el Santo Oficio contestó con una negativa, «a causa del espíritu de superstición al que el uso de este exorcismo ha dado lugar y a causa también del hecho que la Iglesia acostumbra a reservar el uso del exorcismo a sus ministros autorizados».

Ignoro cómo de hecho este tipo de exorcismo ha podido hacerse accesible a todos los fieles, según el texto divulgado con imprimatur. Esta anomalía es un índice más de que hay aquí un problema pastoral de conjunto que hay que revisar y clarificar de un modo más profundo.

3. LLAMADA A LOS RESPONSABLES DE LA RENOVACIÓN

61 Con toda franqueza y amistad, querría decir a los Responsables de la Renovación: «No tengáis miedo de dejaros guiar por vuestros obispos, compartid vuestras experiencias, sabiendo que éstas no son el criterio supremo y que necesitan ser iluminadas a la luz de la fe y de la tradición de la Iglesia. Sed solícitos en hablar el lenguaje de la Iglesia -que es nuestra lengua materna- y estar al unísono con ella. El famoso dicho: «Sentire cum Ecclesia» (estar en simbiosis con la Iglesia) es importante. Es preciso que vuestro acento no os traicione y que no habléis una lengua extranjera.

Temed toda marginación, todo esoterismo, toda gnosis que pastores sin mandato creerían quizás poder acreditar «en nombre de su experiencia». Leed de nuevo todo lo dicho aquí sobre nuestra necesaria e inevitable ignorancia en todo lo que se refiere al reino de las tinieblas y temed las afirmaciones demasiado apremiantes. Cuanto más note el obispo vuestra disponibilidad en la escucha, más fructuoso será el diálogo.

Vuestra experiencia en el campo de la oración de curación, particularmente de curación interior, será preciosa para reactualizar un carisma tan familiar a la iglesia primitiva y que forma parte de nuestra herencia cristiana.

Tenéis cosas que dar y recibir para el mayor bien de la Iglesia.

4. LLAMADA A LOS RESPONSABLES DE LA IGLESIA

62 A mis hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, querría decirles, humildemente pero con audacia: No pasemos junto a la gracia de la Renovación sin captar su sentido y sus riquezas, tanto para nosotros como para nuestra misión.

Que las deficiencias de los hombres no nos escondan la amplitud y profundidad de la gracia que se ofrece a nuestra libertad. Esta moción actual del Espíritu toca muchos campos de nuestra pastoral. No la juzguemos desde fuera: no se la comprende bien si no es desde dentro y me atrevo a decir por experiencia personal, aceptando experimentar uno mismo la efusión nueva del Espíritu.

Invitemos a los testigos que viven este Pentecostés personal a que nos digan lo que fue para ellos esta gracia que marcó una segunda conversión. Estos testigos, los encontraremos en todos los países, en todas las clases sociales, tanto en el mundo de los laicos como en el de los sacerdotes, religiosos, obispos.

Yo he intentado dar mi propio testimonio en el capítulo XII de mi libro «¿Un nuevo Pentecostés?». He puesto un signo de interrogación en el título porque no puede desaparecer si no por nuestra acogida y por nuestro apoyo activo. Nuestra apertura hará mucho más eficaces las puntualizaciones pastorales necesarias en vistas del bien de la Iglesia y de su obra salvadora en el mundo de hoy.

El Espíritu Santo está obrando de muchas formas, y nadie puede reivindicar el monopolio de su acción. Pero hay que reconocer con Pablo VI que la Renovación es «una oportunidad para la Iglesia», y con Juan Pablo II que juzga actualmente con la distancia de los años que «es una oportunidad en vías de realización ante nuestros ojos».

PARA REFLEXIÓN E INTERCAMBIO

1. Toda la Iglesia es "carismática". ¿Cuál es el sentido de esta afirmación y cuáles son sus consecuencias desde el punto de vista de las relaciones entre los aspectos jerárquicos y carismáticos de la Iglesia? (n. 55).

2. ¿Qué reformas serían de desear en esta materia, desde el punto de vista pastoral, para el bien de toda la Iglesia? (nn. 56, 57, 58).

3. ¿Cuál es el sentido y el alcance exacto de la reserva episcopal deseada en estas páginas? (n. 59). 4. ¿Cómo concebir en la práctica el diálogo entre los obispos y los líderes de la Renovación? (mt. 60, 61, G2).

Al invitarnos al ayuno, la Iglesia quiere armarnos para la lucha espiritual. Con ella decimos:

"Señor, fortalécenos con tu auxilio al empezar la Cuaresma para que nos mantengamos en espíritu de conversión; que la austeridad penitencial de estos días nos ayude en el combate cristiano contra las fuerzas del mal".

Oración del Miércoles de Ceniza.

CAPITULO XIII

PERSPECTIVAS FINALES

A. PERSPECTIVA PASCUAL

1. PASCUA, EN EL CENTRO DE NUESTRA FE

63 El cristianismo está indisolublemente unido al misterio de la Resurrección pascual.

Vivimos nuestra existencia cristiana presente y futura basada en esta realidad fundamental de nuestra fe. Es ésta, en sentido exacto y preciso, una cuestión de vida o muerte.

El cristiano no es uno que vive bajo la obsesión o la psicosis del o de los demonios; cree en la Resurrección del Señor, en el triunfo de la vida sobre la muerte, del amor sobre el odio, de la verdad sobre la mentira, de la luz sobre la noche.

«Somos, decía Juan Pablo II a los negros de Harlem, un pueblo pascual y nuestro canto es aleluya». El cristiano no disocia las fases del misterio redentor: el Viernes Santo es para él el precio de Pascua, como Pascua es apertura a la mañana del Pentecostés. Vive de este triple misterio, indisolublemente. La mirada del cristiano no debe dirigirse al o a los demonios como si fuesen el primer plano en el que fijar nuestra atención. Santa Teresa de Ávila decía, con su magnífico sentido común: «No entiendo estos miedos que nos hacen decir: ¡el demonio, el demonio! , cuando podemos decir: ¡Dios, Dios!».

La lucha de Cristo contra el «adversario» fue radicalmente victoriosa. Su resurrección domina desde entonces el horizonte como una aurora boreal. Aun si el dominio del mal no está todavía eliminado, y la vigilancia se requiere, sabemos que el Reino está entre nosotros.

Creo en un Padre de infinita ternura; en Jesús nuestro Salvador, que nos ha hecho ya - en él herederos del cielo; en el Espíritu cuya presencia nos asegura «una alegría y una paz que nadie podrá quitarnos». Mi credo me sitúa a las antípodas de una religión de miedo servil ensombrecida por la obsesión del poder del mal.

No se puede olvidar que Pascua marca una victoria sobre el Demonio y el mal, hasta tal punto que no se puede trasponer sin más lo que llamaría la pastoral de Jesús mismo, durante su vida terrena, a su vida gloriosa de hoy.

Cristo actúa y obra actualmente de forma distinta y sobre todo a través de los Sacramentos, centrados alrededor de la Eucaristía como principales canales de gracia. Y esto a escala mundial y no ya en el marco estrecho de Palestina y en el contexto de las costumbres de su tiempo. No se puede trasponer, tal cual, la acción anti-demoníaca

de Jesús antes de la Resurrección, a la que él continúa hoy por su Espíritu en la virtud y el poder de su resurrección.

Esta observación elimina el peligro de una lectura fundamentalista de la Escritura y de todo transfer indebido. No se menosprecia por eso de ningún modo la realidad de las curaciones de Jesús y de las expulsiones de demonios: se las sitúa en el tiempo y en el espacio, con la conciencia de que vivimos actualmente bajo el signo de una victoria adquirida y en la novedad del Espíritu.

No es la demonología que está en el centro de nuestra fe, sino Cristo, en el poder del Espíritu. Toda insistencia abusiva sobre el reino de las tinieblas compromete gravemente el equilibrio de nuestro cristianismo y contradice el Evangelio que es Buena Nueva y mensaje liberador. La trampa más astuta del Maligno consiste en llamar la atención sobre sí mismo y sobre sus obras y no sobre Jesús, Salvador del mundo.

Somos y permanecemos para siempre hijos de la Luz.

2. EUCARISTÍA VICTORIOSA

64 A base de concentrar la atención sobre los demonios a interrogar y a expulsar por conminación directa, se expone uno a olvidar que el cristiano tiene otros recursos. Sin repetir aquí todo lo que hemos dicho sobre la Iglesia, sacramento de salvación, debemos recordar que en la lucha contra las fuerzas de las tinieblas, todo cristiano dispone del poder mismo de la oración que se dirige a Dios y pone en acción la victoria pascual del Señor. Al enseñarnos el Padre nuestro, Jesús nos ha dado el modelo por excelencia de la oración liberadora de todo mal. Es la oración privilegiada, enseñada por el Maestro a sus discípulos para todos los tiempos futuros.

Pero no se puede olvidar tampoco que surge de los sacramentos un poder liberador, y de forma particular de cada celebración eucarística si comprendemos su valor y su significado. Todo el «Gloria in excelsis» de nuestra liturgia se podría comentar bajo esta luz. Cada palabra del «gloria» nos recuerda las finalidades de la Eucaristía que es oración de adoración, de alabanza, de súplica, de acción de gracias, y por eso mismo victoria sobre los poderes del mal que son su contrario. Adorar y glorificar a Dios, es ya apartarse de las asechanzas del mal, de todas las idolatrías que nos acechan y nos esclavizan. Fijar la mirada en Dios, es ya apartarla de las tinieblas.

Y cuando nuestra oración se expresa en una celebración eucarística, esta virtud liberadora actúa con su máxima fuerza. No hay que extrañarse de que las exageraciones demonológicas vengan principalmente de ambientes que no conocen la Eucaristía.

Esta relación entre adoración y acción de gracias por un lado, y por otro lado la derrota del enemigo no ha escapado a nuestros padres en la fe. Ya en el segundo siglo, San Ignacio de Antioquía escribía a los Efesios:

«Poned empeño en reuniros con frecuencia para celebrar la Eucaristía de Dios y tributarle gloria. Porque, cuando apretadamente os congregáis en uno, se derriban las fortalezas de Satanás y por la concordia de vuestra fe se destruye la ruina que él os procura» (Ad Ef. 13, 1),

3. EL NOMBRE VICTORIOSO DE JESÚS

66 Esta conciencia pascual se manifiesta en cada página de los Hechos de los Apóstoles. Desde el primer milagro de curación, Pedro dirá al paralítico sentado a la entrada del templo: «No tengo plata ni oro, pero lo que tengo, te doy: en nombre de .Jesucristo, Nazareno, ponte a andar» (Hch 3, 6).

Este nombre mismo de Jesús es un nombre de victoria. Cuando el ángel se le apareció en sueños a José, le dijo que María iba a dar a luz un hijo, y añadió: «Tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1, 21), Invocar su nombre, es ya ponerse a cubierto de los ataques del mal, es un recurso al poder mismo y a la fuerza de la resurrección. «Una fuerza ha salido de mí», dijo Jesús en una ocasión a la mujer que tocó la franja de su manto: una fuerza de fortaleza, de curación, de ánimo sale también hoy del solo nombre de Jesús pronunciado con fe.

Los antiguos tenían el culto de este Nombre. Lamento por mi parte que la letanía del Santo Nombre de Jesús -tan rica de sentido- haya caído en desuso en nuestro cristianismo occidental. Pero se puede constatar con alegría que la «oración de Jesús» tan familiar al Oriente cristiano ha encontrado entre nosotros una nueva resonancia. Esta «oración del corazón» que ritma sobre el Nombre sagrado de Jesús nuestras propias palpitations del corazón, nos hace vivir en un perpetuo clima pascual y nos convierte en una profesión de fe continua en la verdad central de nuestro credo «no hay bajo el cielo otro Nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos» (Hch 4, 12).

4. EN SENTIDO CONTRARIO

65 En sentido inverso, si se llevase la lógica de la demonología exagerada hasta el final, se debe-ría dar un campo tan amplio a nuestras reacciones antidemoníacas que no se ve dónde se debería parar.

Si el diablo está en el origen de nuestras enfermedades, de nuestros cambios de humor, de nuestras debilidades y agresividades, de nuestras molestias las más diversas, se debería, a cada momento, pasar a la ofensiva. ¿Por qué no dedicar cada día algunos momentos -esta sugerencia ya se ha hecho- a realizar oraciones de liberación o a «interpelaciones»? Y esto se debería enseñar en nuestros catecismos, y traducirlo en nuestra pastoral, en la trama de nuestras constituciones religiosas, y prever sesiones de exorcismo antes de la admisión en nuestros noviciados y escolasticados. ¿Y por qué no en nuestros consejos, a todos los niveles?

Paro aquí estas consideraciones: bastan, me parece, para hacer revisar la «teología» subyacente al demonismo que estamos denunciando. No se encuentra de ningún modo este clima, esta obsesión en la vida espiritual de la Iglesia y su liturgia habla un lenguaje bien diferente. Semejante clima es irrespirable en la Iglesia Católica, y semejante enseñanza esotérica y prácticas abusivas convertiría nuestros grupos carismáticos en grupos al margen de la gran Iglesia, privados de su soplo vivificante.

B. PERSPECTIVA ECLESIAL PLENA

67 Ante el poder de las tinieblas, podemos y debemos sumergirnos en la victoria de Cristo. Pero esta victoria no es sólo la de Cristo Jesús Cabeza de la Iglesia: resplandece ya ahora en su cuerpo: los santos del cielo.

El Vaticano II nos ha recordado que aquí abajo somos una Iglesia peregrina, con todo lo que este caminar comporta de azares, fatigas, peso. Pero, al mismo tiempo, ha señalado nuestra solidaridad con la Iglesia triunfante que forma una misma cosa con nosotros en una misteriosa y exaltante comunión de los santos (LG n. 8).

Es bueno saber que en la lucha contra las fuerzas del Mal, no estamos abandonados a nosotros mismos: vivimos en unidad profunda con la Iglesia del cielo.

Recuperamos así la gran visión bíblica que une en la gloria del cielo a Cristo y a todos los rescatados que están unidos a él para siempre. En él y por él, están más que nunca vivos y cercanos. De hecho son ellos los supervivientes.

1. MARÍA Y LOS SANTOS

68 A título singular María está ahí «imagen escatológica de la Iglesia», y con ella los Ángeles y los Santos. La única actividad de la Iglesia triunfante de cara a nosotros es precisamente la intercesión hasta el final de la historia de salvación. San Pablo nos la presenta como un «combate» contra los poderes hostiles y como una intercesión (1 Co 15, 24-28; Rm 8, 34; y más aún Hb 7, 25; 9, 24; 10, 13-14). En sus Ejercicios, San Ignacio pide al ejercitante representarse a Cristo y a toda la corte celestial intercediendo en su favor. Es ésta una visión plena, que hoy a veces hemos olvidado o encogido en nuestro comportamiento cristiano.

La Tradición de la Iglesia y la piedad de los fieles no han cesado de reconocer la función y el lugar de María en esta comunión de intercesión y en su oposición victoriosa.

La lucha contra el espíritu del mal empezó en el origen del mundo por la enemistad radical establecida por Dios entre la mujer y la serpiente. La Iglesia ha reconocido en esta mujer del Génesis, a María, la nueva Eva, la madre de los vivientes. Los cristianos de todos los tiempos han recurrido a esta protección. Unida a su Hijo en el misterio de la Redención, María queda para siempre concernida por la fecundidad de esta redención, como por todo lo que la obstaculiza.

De forma instintiva, el cristiano siente que María es un refugio poderoso contra los espíritus del mal y que, en comunión profunda con ella, encuentra fuerza para luchar contra las tentaciones y todo lo que amenaza la vida de Cristo Jesús en nosotros. En comunión espiritual con María, pronunciando con sus labios y con su corazón el «Nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos» (Flp 2, 10), el cristiano pone en acción la victoria de Jesucristo de una forma única. La comunión espiritual con María es para nosotros, fieles de la Iglesia, una prenda de inmunidad y de liberación en la lucha espiritual que hemos de sostener aquí abajo mientras esperamos el encuentro final en la gloria de Dios.

Reconocemos a María en el cielo como Reina de los santos y de los ángeles.

2. LOS ÁNGELES

69 Hay que recordar igualmente a los cristianos de hoy que vivimos aquí abajo en comunión con los ángeles del cielo. Su misión es también la de ayudarnos en la lucha espiritual que se está librando. Todo silencio en este punto desequilibra lo que se ha dicho sobre los ángeles caídos, y deforma, por omisión, la visión total. Visión luminosa para quien cree, con la Iglesia, que el mundo de los espíritus es una realidad viva y que los ángeles tienen en él una función misteriosa, pero muy cercana a nosotros.

La Iglesia nos enseña esta intimidad con el mundo invisible de los ángeles y con el que ella considera como su jefe: San Miguel. Los invoca en su liturgia con estas palabras: «Oh Dios, que con admirable sabiduría distribuyes los ministerios de los ángeles y los hombres; te pedimos que nuestra vida esté siempre protegida en la tierra por aquellos que te asisten continuamente en el cielo» (oración de la fiesta de los Santos Arcángeles, 29 de septiembre).

La Tradición ve en San Miguel al ángel de la luz, al adversario primero de Satanás; es él quien defiende la primacía de Dios: «¿Quién como Dios?».

Le invocábamos antes al final de cada celebración eucarística: «San Miguel Arcángel, defiéndenos en la lucha, sé nuestro refugio contra las insidias y los ataques del diablo. Que Dios le ordene, le pedimos suplicantes; y tú, príncipe de la milicia celeste, por la virtud divina, empuja al infierno a Satanás y a los demás espíritus malos... ».

Es una fuerza conocer sus aliados y poder contar con su apoyo atento. Bossuet lo recordaba ya a sus contemporáneos: «Creéis que estáis asociados sólo con hombres, sólo pensáis en satisfacerlos, como si los ángeles no os tocasen. Cristianos, desengañaos, hay un pueblo invisible -los ángeles- que está unido a vosotros por la caridad».

Es esta una idea familiar que se encuentra frecuentemente en la tradición patrística, que veía en los ángeles guardianes, a cuya protección Dios nos ha confiado, uno de los signos concretos de la Providencia.

El mundo angélico, tan ricamente presente en la Tradición de la Iglesia oriental, tanto católica como ortodoxa, tiene derecho de ciudadanía en nuestra vida cotidiana: ilumina con su luz el mundo tenebroso de los espíritus contra los que estaremos en lucha mientras seamos Iglesia peregrina.

Sería muy deseable que la enseñanza dada en la Renovación pusiese el acento en la presencia luminosa de los ángeles, por afán de verdad y para equilibrar lo que se dice a veces con demasiada insistencia unilateral sobre el Poder de las tinieblas.

CONCLUSIÓN

70 Al terminar estas páginas, confieso que me siento interpelado yo mismo, al darme cuenta que a lo largo de mi ministerio pastoral, no he subrayado suficientemente la realidad del Poder del Mal en acción en nuestro mundo contemporáneo, y la necesidad de la lucha espiritual que se nos impone.

Es difícil remar contra corriente y no sucumbir al espíritu del tiempo. Sobre todo cuando, en este punto tan delicado, hay que navegar entre Escila y Caribdis, entre lo poco y lo demasiado: afirmar fuertemente la existencia del Maligno, y sin embargo profesar una fe pascual triunfante, dar un lugar al ministerio de liberación, sin caer en el exceso que se debía denunciar.

Todo esto fue, para mí mismo en primer lugar, ocasión de examen de conciencia, e invitación a creer con fe viva en las realidades luminosas de nuestra fe, y al mismo tiempo, en el misterio de la Iniquidad que es demasiado real en un mundo moralmente a la deriva. Esto también, hay que decirlo, a riesgo de chocar con quienes insisten obstinadamente en la bondad natural del hombre y en el mito del «progreso».

71 Dirigiéndome a los fieles, participantes o no en la Renovación, quisiera desearles la gracia de descubrir siempre más profundamente el misterio de la Iglesia. Estamos perpetuamente tentados por el reduccionismo, es decir, asimilar la Iglesia a una institución sociológica humana, más o menos bien organizada y a la moda. Y no nos sumergimos en su misterio profundo en que nos aparece como la prolongación de la misión terrena de Jesucristo.

Es en la Iglesia que debemos encontrar al Espíritu Santo, y es en ella que él nos guía según el designio de Dios que ha querido desde el principio una Iglesia santa, apostólica. Los apóstoles de hoy son los obispos que el Espíritu ha establecido para conducir al pueblo cristiano. Tener buenas relaciones con ellos no basta: no estamos a nivel de la cortesía o de la diplomacia, sino de la fe, y es ella quien debe animarnos y motivar la obediencia filial y confiada.

Esperando estas directrices, que espero próximas, en el campo de la «liberación», deseo también vivamente que la comisión teológica internacional pueda ayudar a limpiar el terreno, a clarificar un vocabulario flotante según los gustos de los autores, a trazar una línea de demarcación que pueda orientar la pastoral.

Y cómo no esperar también que no se pongan más en venta, en el futuro, a la salida de las reuniones o congresos de la Renovación, libros folletos, cassettes que no reflejen el pensamiento auténtico del Magisterio vivo de la Iglesia, y que se abstengan también de todo pragmatismo que concluye demasiado fácilmente a partir de efectos beneficiosos («esto funciona») en la legitimidad del recurso al ministerio de liberación que debe ser él mismo debidamente acreditado.

He señalado a lo largo del camino los peligros a evitar a toda costa para no sucumbir a los engaños del Maligno que busca insidiosamente concentrar en él la atención de los cristianos y así desviar su mirada del rostro luminoso del Salvador.

Este libro habrá conseguido su finalidad si hacemos nuestra, con todas sus consecuencias, la oración del salmista:

«He buscado al Señor, y me ha respondido: me ha librado de todos mis temores. Los que miran hacia él, refulgirán: no habrá sonrojo en su semblante» (Sal 34, 5-6).

72 La Renovación es una gracia de calidad que se ofrece a la Iglesia y que puede ayudar fuertemente al renacimiento espiritual que el mundo necesita urgentemente. No debería aislarse, o marginarse. La savia sube mucho mejor por el árbol si éste con su misma corteza la protege de la intemperie.

PARA REFLEXIÓN E INTERCAMBIO

1. Pascua es el centro de nuestra religión cristiana: ¿cuáles son las consecuencias del poner de relieve esta verdad fundamental, ante la lucha contra el Poder del Mal? (n. 63).

2. ¿Por qué es importante ampliar nuestro horizonte eclesial a las dimensiones de la Iglesia triunfante? ¿Hemos conservado esta comunión con la Iglesia y los santos del cielo? ¿Estamos familiarizados con sus vidas y sus escritos? ¿Qué quiere decir "crear con la fe de toda la Iglesia"? (n. 67).

3. ¿Cuál es el lugar eminente de María, Madre de la Iglesia, en la lucha espiritual que hemos de librar contra el Poder de las tinieblas?

4. La liturgia de la Iglesia abunda en alusiones a los ángeles. Señala algunos textos que pueden ayudar a los cristianos de hoy a tomar conciencia o a recuperarla de su presencia activa?

Por la oración de la Iglesia, pidamos al Señor el ser verdaderamente testigos del misterio pascual, centro de toda nuestra vida cristiana:

"Te pedimos, Señor, que nos hagas capaces de, anunciar la victoria de Cristo resucitado; y pues nos has dado la prenda de tu gracia, haz que un día poseamos manifiestamente tus dones". (Oración del martes de la 2.ª Semana de Pascua.)

NOTAS:

(1) Cf. PABLO VI, Audiencia general del miércoles 15 de noviembre, en O. R., 1G-XI-1972; trad. en Ecclesia (1972) 1605-1606.

(2) Cf. Actes du Saint-Siège, Foi chretienne et démono-logie, en Documentation catholique (1975) 700-749.

(3) Ib.

(4) Ib.

(5) Ib.

(6) 1. C. H. TAVARD, Holy Spirit or Holy Church, London, Burns and Oates, 1959, p, 246,

(7) J. C. SAGNE, La Prière de délivrance et de guérison, en Tychique 23 (1980).

(8) Cf. B. LONERGAN, Insight, 666 On Basic Evil, London New York 1957

(9) Cf. K. MENNINGER, Whatever became of sin?, Hawthorn Books, New York 1973.

(10) F. A. SULLIVAN, The Pentecostal Movement, en Gregorianum 53 (1972) 2, p. 249. Cf. del mismo autor el libro de próxima aparición, Charisms and Charismatic Renewal, Ed, Servant Books, Ann Arbor.

(11) R. QUEDEBAUX, The New Charismatics, Doubleday, New York 1976, p, 2.

(12) D. GEE, Concerning Spiritual Gifts, Ed. Gospel Publishing House, Springfield 1972.

(13) TONQUEDEC, Les maladies nerveuses ou mentales et les rmanifestations diaboliques, pp. 23, 47, 82.

(14) Se encontrará una discusión sobre este tema en Satán, art. L'exorciste devant les manifestations diaboliques, nn 328-350, por F.X. Maquart y el P. De Tonquedec.

(15) Será útil leer el folleto de vulgarización: Reconnâitre l'Esprit, de los Padres Jacques Custeau y Robert Michel. Service du Renouveau charismatique catholique, Ed. Bellarmin, Montréal 1974.

INDICE

Prefacio

Presentación

PRIMERA PARTE: IGLESIA Y «PODER DE LAS TINIEBLAS»

I. El Demonio, ¿mito o realidad?

1. La fe de la Iglesia.
2. El Demonio, ¿antagonista de Dios?
3. Jesús y el Demonio.

II. La Iglesia, eco e intérprete de la Palabra de Dios

1. La Iglesia en referencia vital a la Palabra
2. Leer la Biblia en Iglesia
3. Las expresiones de la fe eclesial
4. La complementaridad de textos en la Biblia
5. Antiguo y Nuevo Testamento
6. La Iglesia, intérprete del texto de S. Marcos: «expulsarán demonios»

III. La Iglesia y la vida sacramental «liberadora»

A. En general

1. Presencia continuada de Jesucristo
2. Presencia liberadora
3. Nada de automatismo

B. En particular

1. El Bautismo
2. La Eucaristía
3. La Penitencia
4. La Unción de los enfermos

C. Los sacramentales

IV. La Iglesia, ante el «misterio de iniquidad»

1. El pecado, primer enemigo
2. La concupiscencia
3. El pecado «estructural»
4. El hombre, primer responsable
5. La fe, salvaguarda suprema
6. El «misterio de iniquidad»
 - a. A nivel de lo invisible
 - b. A nivel de lo visible

V. La Iglesia hoy, ante el pecado

1. El pecado en el corazón del mundo
2. La degradación moral
3. El sentido del pecado en retirada en la conciencia cristiana
4. Un grito de alarma

SEGUNDA PARTE; RENOVACIÓN CARISMÁTICA Y «PODER DE LAS TINIEBLAS»

VI. La Renovación Carismática como «experiencia» del Espíritu Santo

1. El sentido del término «carismático»
2. La experiencia básica de la Renovación

VII. La Renovación y el sentido reavivado del Mal

1. El Espíritu Santo sensibiliza a la malicia del pecado
2. El Espíritu Santo sensibiliza a la lucha espiritual

VIII. La Renovación y la demonología subyacente

1. En ambientes no-católicos
2. En ambiente católicos

IX. La Renovación y la práctica de la «liberación» de demonios

1. ¿Qué se entiende por exorcismo?
2. Descripción de la práctica de la «liberación»
3. ¿Qué comprende, de hecho, el término «liberación»?
4. Una frontera mal definida

X. La Renovación y la expulsión de demonios: observaciones teológicas

1. ¿Es la experiencia el criterio último de verdad?
2. La Iglesia, única intérprete autorizada

XI. La Renovación y la expulsión de demonios: observaciones psicológicas

1. Dificultades del diagnóstico
2. Peligros psicológicos desde el punto de vista de la persona «a liberar»
4. Peligros desde el punto de vista de los responsables de la liberación

TERCERA PARTE: LA RENOVACIÓN EN EL CORAZÓN DE LA IGLESIA

XII. Las armonizaciones necesarias

1. Dos dimensiones: una misma Iglesia
2. Necesidades pastorales actuales
 - a. Necesidad de una enseñanza doctrinal íntegra
 - b. Necesidad de una revisión de los criterios del Ritual Romano
 - c. Necesidad de una nueva pastoral en materia de exorcismo
 - d. La reserva episcopal con respecto a sacerdotes y laicos
 - e. Recurso al discernimiento episcopal

3. Llamada a los responsables de la Renovación
4. Llamada a los responsables de la Iglesia

XIII. Perspectivas finales

A. Perspectiva pascual

1. Pascua, en el centro de nuestra fe
2. Eucaristía victoriosa
3. El nombre victorioso de Jesús
4. En sentido contrario

B. Perspectiva eclesial plena

1. María y los
2. Los ángeles